

Clara Obligado

El libro de los viajes equivocados



PÁGINAS DE ESPUMA

Clara Obligado

El libro de los viajes
equivocados



Clara Obligado, *El libro de los viajes equivocados*
Primera edición digital: mayo de 2016

ISBN epub: 978-84-8393-509-5

© Clara Obligado, 2011

© De la ilustración de cubierta: Martin Kovensky, 2011

Composición de cubierta: Julieta González Obligado y Mariana Grekoff

© De esta portada, maqueta y edición: Editorial Páginas de Espuma, S. L., 2016

Voces / Literatura 167

Nuestro fondo editorial en www.paginasdeespuma.com

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright.

Editorial Páginas de Espuma
Madera 3, 1.º izq.
28004 Madrid

Teléfono: 915 227 251
Correo electrónico: info@paginasdeespuma.com

ÍNDICE

[El azar](#)

[Las dos hermanas](#)

[Monedas de oro](#)

[Frío](#)

[Madison, los puentes de](#)

[El silencio](#)

[Así que esto era el amor](#)

[Agujeros negros](#)

[La escritura](#)

[Albania](#)

[La espiral admirable](#)

*Vivo mi vida en círculos concéntricos sobre las cosas extendidas (...). El último quizá
llenar no pueda.*

No sé si soy un pájaro o un gran canto.
Rainer Maria RILKE, *El libro de las horas*

Para Roco, siempre a mi lado

Comencé a escribir este libro en mi libro anterior, cuando me preguntaba por el sentido del destierro. Años más tarde, me encontré pensando en las proyecciones de la diáspora en la vida de quienes la emprenden. En este momento de crisis, el viaje vuelve a sugerirme el retorno de otras épocas y de ciertas ideas que imaginaba, por fin, extinguidas. Este ir y venir, esta espiral, es la historia de mis cuentos. Solo me gustaría proponer a quienes los lean que lo hagan en el orden en el que aparecen, ya que esconden un texto más amplio, que necesita de este recorrido.

EL AZAR

A Jorge Payá, por sus buenas ideas

Tendida sobre la playa, Lyuba se quita el sujetador, cava con la espalda la arena tibia, se acomoda y siente un pinchazo. Es una caracola que brilla al sol, parece muy antigua. Sin darle importancia, la deja a un lado y baja los párpados, que transparentan una luz roja. Junto a ella, Jan se dispone a hacer una prueba de la que dependerá su futuro. Está loco por Lyuba y no se atreve a decírselo, pronto tiene que regresar a casa, así que debe hablar con ella o dejarlo ya. Recoge la caracola, la estudia. Desde las pequeñas ventanas que el tiempo abrió en la concha, ve que se trata de una espiral logarítmica, de esas que giran y se expanden a partir de un punto infinitesimal. Decide colocarla en el ombligo de Lyuba: si mantiene el equilibrio durante más de dos minutos, le pedirá que se case con él. Si se cae, volverá a su país y se alejará de la chica, como se alejan del centro esos círculos infinitos. Cuando está extendiendo la mano, percibe que Lyuba tiene un ombligo extraño, hacia fuera, en el que es imposible que se sujete nada. En el cielo, un halcón peregrino dibuja curvas cada vez más abiertas.

Cuarenta años antes de esta escena, una muchacha merodea entre los matorrales. Es de noche y, en este junio lluvioso, el monte le parece aún más tupido. Lleva una manzana en el bolsillo, es lo único que tiene para comer. Si rebusca de noche, tal vez encuentre algo, los alemanes deben de estar dormidos en sus puestos de vigilancia. Además, el hambre es más fuerte que el miedo y ella tiene buenas piernas para correr. Mira hacia el cielo. Como hermosas cometas preñadas, ve flotar un milagro de paracaídas. Se queda observándolos hasta que, a lo lejos, suenan disparos. La muchacha corre y se esconde, tropieza, cae de bruces sobre un soldado que parece dormido pero que tiene los ojos abiertos, casi transparentes, ojos que miran el cielo como si formularan una pregunta. No es alemán, porque los alemanes no visten ese uniforme. Procurando no mancharse con la sangre desbocada, le revisa los bolsillos, encuentra una medalla, algunas monedas extranjeras, una caracola irisada, una foto. Esconde el dinero y lanza la caracola hacia la costa. Súbitamente unas manos enormes la sostienen por el cuello. Es un soldado alemán, que le arranca las monedas repitiendo furioso: «Dólar». Mientras

camina con las manos en la nuca, comprende que, si hubiera tirado la moneda en lugar de la caracola, hubiera podido salvar su vida.

Casi dos siglos antes, una niña pasea por esa playa. Piensa en su padre, a quien nada le importa tanto como el dinero, y en su madre, quien, ya sin tapujos, lo engaña. Entre la libertad furiosa de su madre y la avaricia del padre, la chica la prefiere a ella. Odia esos andurriales, ese pueblo perverso donde nadie sueña nada. En el mar, gris, se ha enganchado el invierno. La chica salta, recoge sus enaguas para guarecerlas del encaje de las olas, húmedos, los botines dibujan una línea de sal. Recoge una caracola, jugando con ella regresa a casa. En el salón, junto al fuego, su madre parece flotar sobre la tristeza de la tarde. Luce un vestido nuevo, el pelo arremolinado, las mejillas ardiendo. Decide sorprenderla con un regalo y mete la caracola en su bolso; al hacerlo, choca con un papel. Lo guarda en el puño, y espera sonriente a que la mujer le haga una caricia. Pero, a la madre, la niña le produce tedio. Encuentra la caracola, la toma con dos dedos, mientras murmura quién ha puesto aquí esa porquería, le da un empujón a su hija y escapa. Más tarde, entre las sábanas, la niña lee la promesa de pago que su madre firmó a un usurero. Se levanta de puntillas y deja el papel abierto sobre la mesa de su padre. Por la mañana, mientras oye los gritos, sonrío arrebujaada, bajo las mantas.

Siglos atrás, también en Normandía, avanza una multitud. Se ha declarado la peste y los profetas venden la salvación o amenazan con la hoguera. Desesperadas, las madres lanzan a los recién nacidos al mar, como si mecerse en las olas fuera un tormento menor que la vida. Doncellas guerreras prometen salvarlos y, aunque nadie les cree, las siguen, al fin y al cabo la confianza alimenta. Algunos avanzan hacia un destino incierto, otros retroceden con las carretas en las que duermen los difuntos y, cuando se agotan, los abandonan al costado del camino, sin tiempo para cerrarles los ojos. Todos tiemblan, menos una niña que sonrío y trota detrás de la multitud. No tiene familia, al menos no la recuerda, solo posee la ropa que lleva puesta y una caracola que recogió en la playa. Hace cabriolas para recibir algunas monedas y las recibe mechadas con frases hostiles, que no le importan, porque es sorda. Los golpes sí, los golpes le duelen, así perdió el oído y ha jurado vengarse. La próxima vez que me toquen, se dice, la próxima vez. Y llega la

ocasión, cuando un soldado está empujando a una muchacha a la hoguera. La niña juega delante de él, extiende la mano, y el soldado, molesto por el silencio de la multitud y por el llanto de la condenada, le lanza un golpe y le arranca la caracola que cuelga de su cuello. Entonces la niña escupe un diente. Por la noche, entre las ascuas dormidas, escoge una brasa y la acerca a la carreta de heno en la que ronca el soldado. Un rato más tarde, el pueblo está ardiendo y el soldado aúlla, con la melena en llamas.

Hace demasiado frío en este anochecer de hace doscientos mil años. Junto a las hogueras, a lo lejos, la manada se arremolina, tiene hambre, se devora a sí misma. Este invierno no hay caza ni se puede pescar, las briznas de hierba no atraviesan el hielo. Ennegrecido, el bosque parece muerto, entre los árboles gigantescos la nieve borra de inmediato la huella de las presas. Una hembra se ha retrasado, ya no puede seguir a su grupo. Tampoco tiene tiempo de llegar a la cueva, donde podría tenderse sobre las pieles. Está sola en la playa y el vientre le pesa. Hace rato que siente miedo. Miedo y premura. ¿Cómo podrá sobrevivir en mitad del hielo? ¿Qué hará sola, hasta que llegue el calor? El mar es un campo de hielo infinito sobre el que se puede caminar. La obligan a acuclillarse los golpetazos en el vientre. Nunca ha parido, y la boca se le llena de baba, el amasijo que brotará de ella puede ser su salvación. Sabe también que aquello no es fácil. Sangre, hay mucha sangre entre sus piernas, siempre precede la sangre. Sangre roja y espesa, caliente, alimenticia. Brama asida a sus rodillas, empuja, ruge, el esfuerzo la quiebra. Cuando casi está agotada, cuando ya no puede más, por fin algo cae. La hembra olisquea el revoltijo pringoso, lo revuelve, husmea con el hocico. Está por lamer la sangre, abre las fauces sobre el cuerpo apetecible. Qué fácil lanzarse sobre ese alimento indefenso y tibio que comienza a gemir, la saliva y el hambre le anegan la garganta. De pronto, entre la nieve que cubre la playa, ve un resplandor. Es una caracola brillante y la distrae por un segundo de su avidez. Ha salido la luna, que enciende con reflejos irisados el objeto. La hembra, cansada, siente que en algún lugar de su cuerpo despierta una emoción desconocida. Todo brilla bajo la luz blanquecina, en el silencio extraño el cielo es un alborozo de estrellas. Cierra las mandíbulas, aprieta los dientes, se contiene. Con el sílex que lleva en la cintura perfora el caparazón, esboza un gesto, y cuelga el talismán en el cuello de su hija.

Cuando el mundo era un desaforado océano azul, cuando toda forma de vida estaba en el agua y solo había en la tierra rocas desnudas, surgieron los primeros gasterópodos que se arrastraron hacia las playas. De esto hace más de quinientos millones de años. Quizá la paciencia de las sales marinas permitió que acumularan las bellas capas de su piel, quizá fue el azar minucioso quien los talló, dibujando en sus conchas una espiral que se expande. Hermosos, pero inermes, brincaban sobre las olas bravías, crepitaban en la espuma, flotaban. Así, empujada por el mar, llegó una caracola a la costa. Casi no había nubes, las tierras emergidas flotaban hacia el sur y Europa era apenas una isla en cuya playa se dejó caer el molusco, comenzó a retorcerse, se replicó a sí mismo, alargó sus anillos hasta convertirlos en remolinos, huracanes, galaxias.

LAS DOS HERMANAS

Para Martín Kohan

El día en que dejaba Polonia para siempre, Jan Siedlecki se levantó casi de noche y, mientras se vestía, pudo escuchar cómo su madre preparaba el desayuno. Comió pan en silencio. Luego, con la mejilla apoyada contra su pelo, mientras la besaba, supo que aquella separación sería tan larga y dura como la muerte, puesto que ella no sabía escribir.

Ya en el camino se dio la vuelta y vio los postigos cerrados de su habitación. Secándose las lágrimas con el delantal, su madre entraría a limpiar, dejaría asomarse la primera luz y luego, tal vez durante años, todo permanecería igual, la cama y su colcha de retales, el armario con las perchas tintineantes, la mesa donde, incapaz de cargar ya con más, Jan había dejado para siempre los libros y su pluma.

La calle empinada lo llevó hacia la panadería, allí su hermano mayor estaba horneando el pan de centeno para todo el pueblo. Desde la muerte del padre se había hecho cargo de ese local, que casi ni daba para comer. Solo en la víspera de Yom Kippur, cuando la población reclamaba el *kugel* horneado con la receta de sus antepasados, crecían las arcas de la familia y volvían a menguar, al extinguirse la fiesta. El aroma del pan dio a Jan una despedida olfativa. No entró a saludar a su hermano, en cambio acarició la cabeza de su cachorro, que lo seguía a los saltos.

La noche anterior casi no había dormido. Por primera vez, había tenido a su novia entre los brazos, se habían dado cita detrás de la tahona, aprovechando el silencio del pueblo para abrazarse. Allí le prometió que la mandaría a llamar, y ella le dijo que sería su esposa; allí también le juró que nunca besaría a otra mujer. Llegaron tan lejos en sus abrazos que, si no hubiera sido porque el hermano de Jan comenzó a trasegar en la tahona, hubiera peligrado el honor de la muchacha. Por vez primera Jan había acariciado los senos de Anastazja, y ahora se olió las manos hasta percibir en ellas ese cálido perfume que se mezclaba con el de la madrugada, la leña y el pan.

La bella Anastazja se había levantado al alba para verlo pasar. Asomada a la ventana, iluminado el rostro por un candil, despeinada y llorosa, lanzó un beso al aire y arrojó un pañuelo en el que había envuelto su retrato. Luego apareció brevemente el rostro de la hermana mayor, quien la retuvo y pareció

abrazarla. Ruth era mucho más corpulenta que Anastazja, tenía el pelo oscuro recogido en una trenza y exhibía en la frente una constelación de lunares del color de las cerezas. Las manos se agitaron en el aire. Jan, temeroso de despertar a la familia, besó la imagen de su novia y se la colocó junto al corazón. También recogió una piedra del camino, por fin se dio la vuelta y continuó andando. El cachorro, pegado a sus piernas, lo seguía con su trote alegre; debería alejarlo a pedradas pero no pudo, así que lo ató a la barandilla del puente. En el último recodo, mientras el río intentaba fluir bajo las placas del hielo, oyó, mezclados con los latidos del bosque, los ladridos quejumbrosos del animal.

No se olvida un olor, como no se olvida un tacto, no se olvida tampoco la última visión de las cosas, y esa memoria herida protagoniza durante años los sueños del emigrante. Sentado en el puente del barco, o escrutando el mar, o intentando reconocer las constelaciones, Jan perfilaba estas escenas postreras hasta esculpir las en la memoria. Casi puede dibujar a Ruth abrazando a Anastazja, ayudándola a tenderse, llorosa, entre unas sábanas que él jamás compartió, separándole del rostro los largos mechones rubios, secándole las lágrimas, sirviéndole un té de hierbas. Piensa también en la soledad de Ruth cuando él consiga trabajo y Anastazja se reúna con él en América, imagina a su madre cenando sola, la mesa con sus libros, imagina, por fin, el pueblo sin él.

Además de nostalgia, el viaje le va deparando sorpresas: un hombre todo negro, barcas con frutos olorosos, la pulsera de semillas de color sangre que compró para su novia, ese hacinamiento bovino en los días de lluvia, la indescifrable sensación de soledad mezclándose con el anhelo del porvenir. En pocas semanas vio y aprendió mucho más que en toda su vida en el pueblo. Por las noches, atónito bajo la cúpula del cielo, soñaba con Anastazja y con América. América, y la Estatua de la Libertad con su antorcha en la mano, América, y los altos edificios, las calles asfaltadas, el afán de los vehículos, los hombres trajeados. América, el idioma incomprensible, los vecinos desconocidos, el encuentro con el hermano de su padre, el trabajo en su panadería, la búsqueda de una cama y de una mesa donde colocar la manta que le había regalado su madre, la piedra del camino, el retrato de la muchacha.

Nadie en la embarcación hablaba *yiddish* o polaco, de modo que Jan Siedlecki solo podía comunicarse a través de gestos y de un aprendizaje somero del baile. Aunque no sabía del todo qué querían decir, imitó algunas

palabras en español o en italiano y, para no hundirse, comenzó a jugar con los pequeños: con ellos, como no había barreras, recuperó el placer de comunicarse. Al atardecer, cuando los emigrantes hacían música, comprendía dos cosas: que esos sonidos alegres camuflaban el desgarró, y que la algarabía del baile era el único antídoto contra una tristeza que amenazaba con ahogarlos.

Idénticos entre sí, los atardeceres pintaban el océano de un rojo nunca visto en sus montañas, solo rompía la rutina la temible tormenta que los hacinaba en la bodega, y allí Jan contenía a los niños en una amalgama de miedo y vómitos, pensando, mientras los consolaba, cuántos hijos tendría con Anastazja. Contaba las semanas haciendo muescas en un barril de aceite, pero el viaje le pareció monótono, desmesurado el tiempo que tardaban en cruzar el océano. Para matar el aburrimiento, volvía a Anastazja, al tacto tibio de su cuerpo, a su imagen en la ventana. Luego releía la última postal de su tío, pasaba el dedo por la tinta indecisa: «Verás la Estatua de la Libertad plantada sobre el río Hudson. Luego sonará la sirena del barco. Luego bajarás al muelle y te reconoceré».

Los pájaros que venían siguiéndolos desde días atrás ya no mostraban ansiedad por los desperdicios del barco, habían recogido sus petates los emigrantes y, en el puente, se respiraba una burbujeante ansiedad. Una mañana, como una ballena en celo, la sirena lanzó su lamento. En la pálida aurora el barco encendió las luces, y como un racimo de estrellas, comenzó a rodear un amplio estuario, más grande que todos los campos de cebada que hubiera visto jamás, se acercó a un puerto donde dormitaban orgullosos transatlánticos y laboriosos cargueros. Con el aire de la amanecida dándole en la cara, Jan asomó su ansiedad. Pero allí no había estatua, ni río Hudson, ni ciudad con rascacielos al fondo, solo un cartel inmenso e incomprensible, un gigantesco puente de hierro, un paisaje plano como el mar, un amanecer sangriento, un muelle alborozado en el que hervían los abrazos.

Solo, con su maleta, Jan sintió ansiedad, luego indecisión, por fin un hastío terrible que preñó de somnolencia las horas de espera y, cuando el muelle se quedó desierto, aceptó su destino y comenzó a caminar. Tardaría mucho en comprender que viajar a América puede querer decir recalar en Nueva York, pero también en Buenos Aires. Y así, después de vagabundear durante semanas, entró en una panadería donde se necesitaban brazos, comenzó a amasar hasta que las venas del cuello se le hincharon como

cordeles y a dormir agotado sobre sacos de harina. Aunque no recibía sueldo alguno, tampoco le faltaba casa y comida, de modo que comenzó a percibirse como un hombre con suerte. Aquello era más, mucho más, de lo que daba de sí el invierno polaco.

Una tarde, al verlo dar forma con pericia a ese pan oscuro que tan bien se vendía, el dueño del establecimiento le preguntó al panadero mayor:

—¿Y quién es ese muchacho?

—Un polaco, señor. Un judío.

—¿Cómo se llama?

—No lo sé, señor.

—¿Cuánto se le paga?

—Nada, señor. Usted nunca dijo que le pagásemos nada.

Así comenzó a percibir un jornal, se compró un traje, se sacó una foto que le envió a su novia y, por fin, encontró una habitación con una cama en la que pudo tender la manta de su madre, una mesa en la que apoyó la piedra del camino y el sonriente retrato de Anastazja. La habitación estaba en ese tipo de vivienda que entonces se llamaba «conventillo». Había sido un antiguo lupanar y, para quedar bien con Dios, Jan llamó al rabino, que repartió bendiciones, tampoco estaban las cosas como para desdeñar un alojamiento barato. Cinco años más tarde, Jan lloró la muerte de su madre; pasados seis años, tenía dinero suficiente para llamar a su novia. En las afueras de la ciudad había levantado una casita y, aunque había que viajar mucho para llegar al centro, cultivaba su huerta, cloqueaban dos gallinas ponedoras, los vecinos lo saludaban y lograba responderles con un manejo razonable del idioma. Además estaba bien considerado en la panadería, donde valoraban a este hombre solitario que solo pensaba en trabajar.

Mientras soñaba con Anastazja y se medía en sus progresos, Jan sintió también el orgullo de haber sido fiel a su promesa. En las tardes de domingo, cuando libraba, salía a caminar por la ciudad desierta. Y si bien era verdad que sus arrebatos de hombre joven lo habían llevado a acostarse con mujeres de muchas razas, también era cierto que jamás había besado otros labios que no fueran los de Anastazja. Aquello era un simple hundirse y salir, un perder la memoria y volcarse, pero nada del abrazo placentero lo había alejado del recuerdo de su novia. Así que uno de esos domingos, luego de abandonar una cama anónima y de darse un garbeo para contemplar los rascacielos del centro, se sentó en un bar de la calle Corrientes, gastó por vez

primera lo que vale un vaso de vino y se llenó de valor para escribir al padre de la muchacha pidiéndole que la enviara para convertirla en su esposa. Al día siguiente llevó la carta al correo y añadió un giro para el pasaje. Poco después, recibía una fecha, y la promesa de que su futura esposa se encontraría con él en el puerto de Buenos Aires.

El tiempo que separaba la recepción de la carta de la llegada del buque, Jan lo utilizó en engalanar la casita. Ruborizado, compró una cama grande, sábanas de lino y toallas, una sartén y una olla, un espejo esmerilado y una alfombra de dibujo inextricable que le pareció digna de un palacio. Cerró un trato con la vecina para que recibiera a su prometida, ya que no veía bien que compartieran casa antes de convertirla en su esposa. Fue al médico y, desde ese instante, se abstuvo de tratos con mujeres. Pidió aumento en la panadería y el dueño, ya mayor, lo ascendió a encargado. Así, laboriosa y alegre, llegó la víspera. Temeroso de que se le pasara la hora, durmió en una pensión del bajo, donde colocó su traje planchado sobre una silla. Y, sobre el pantalón, el reluciente sombrero de paja. Casi no pudo descansar. Salió muy temprano y desayunó apenas porque tenía el estómago cerrado.

En la hora larga que lo separaba del lugar donde atracaría el buque, caminó por la ciudad que emergía en el alba, cruzándose ocasionalmente con algún coche. Llegó el primero al muelle y allí se mantuvo escrutando el horizonte, atento y firme como un vigía. Lo que acaeció después ya lo había vivido. Poco a poco fueron llegando los que recibirían a los viajeros, gallegos bulliciosos, judíos vestidos de negro, contratistas que hacían tintinear en la mano las llaves de sus haciendas, hombres solitarios con ramos de flores, señoras de elegantes sombreros que esperaban a sus amigas.

Entre la multitud, Jan rememoró su propio arribo, el solitario estupor de los primeros meses, las noches en las que aún no tenía cama, el galimatías del idioma, la inmensa ciudad ajena por la que paseara su desconcierto y en la que, ahora lo comprendía, estaba su sitio. Toda esta tristeza se estaba muriendo, era un emigrante lleno de sueños cumplidos que, si bien desconocía algunas costumbres, calzaba zapatos nuevos y tenía un hogar donde recibir a su esposa. Nervioso y excitado, fantaseó que Anastazja estaba junto a él, luego la imaginó en la sinagoga vestida de novia, escuchando las siete bendiciones, tembló al soñarla desnuda en sus brazos, conjeturó cómo sería la vida de ambos cuando cumplieran sus sueños en este país que crecía. Lo sacó de su ensimismamiento una súbita inquietud de la muchedumbre que, como un animal

clamoroso, pareció despertarse al unísono en el sopor de la mañana. A lo lejos, en el horizonte iluminado, el barco era un punto de luz, un alegre vagido rebotó contra las dársenas. Poco más tarde, la algarabía compacta se fragmentaba en cientos de historias individuales.

Nadie quedaba en el muelle cuando Jan Siedlecki –el ramo de flores marchito– seguía esperando a su novia. Con el sol alto hacía un calor pegajoso y el traje nuevo, que tan seguro lo había hecho sentir de madrugada, lo asfixiaba; chillaban las gaviotas con un sonido metálico que a Jan le pareció siniestro. Se abanicó con el sombrero. Confuso y defraudado, estaba por regresar a casa cuando una mujer, vestida con un abrigo absurdo, se detuvo frente a él, apoyó la maleta sobre los adoquines y comenzó a hablarle con el acento de su pueblo. Era muy alta, más que él, tenía un porte impresionante. Hacía años que nadie le hablaba así. Al escuchar la melodía del idioma, Jan volvió a ver los postigos cerrados, el camino que lo alejaba, las placas de hielo, olió el pan y oyó los ladridos de su perro, el recuerdo se hizo tan denso que redondeó una imagen y por fin dio solución al enigma. La mujer que estaba ante él era fuerte y morena, se había quitado el sombrero y exhibía en la frente una pequeña constelación de lunares del color de las cerezas. Con una voz extrañamente aniñada hablaba muy de prisa, por fin comenzó a llorar, a Jan le pareció que hacía el gesto de arrodillarse. Mientras él se lo impedía y ella se sonaba la nariz con el pañuelo que le tendió Jan, le explicó a trompicones las razones de su viaje, cómo su padre había decretado que partiera, cómo declaró, vejándola y ante quien lo quisiera oír, que ella era mucho peor negocio que su hermana, tanto más hermosa y fácil de casar, y cómo la madre, en lugar de ponerse del lado de sus hijas, había insistido también, para salvar las apariencias, en que la boda de la pequeña no podía anteceder en ningún caso a la de la hermana mayor. Luego, entre hipos, Ruth declaró que nada de aquello era su culpa, ella no quería viajar, ni siquiera deseaba casarse y, si él decidía abandonarla de inmediato, lo comprendería perfectamente. Entonces comenzó a sollozar con tal angustia que Jan tomó del brazo a esa mujer enorme y la llevó a su casa.

No había pasado demasiado tiempo cuando se declaró la guerra y la bella Anastazja, junto con sus padres, desapareció rumbo a algún campo de concentración. Jan hizo lo que debía: aunque nunca dejó de amar a Anastazja, se casó con Ruth, y fueron todo lo desgraciados que se puede llegar a ser en un matrimonio, pasaron ambos lo que les quedó de vida, que fue larga,

venerando, en el retrato que descansaba sobre el aparador, a la novia amada, a la querida hermana muerta. Solo tuvieron un hijo, y un nieto, y ambos se llamarían Jan. De la pareja no queda más que un retrato que les sacó por azar un fotógrafo obsesionado por los puentes. En ella se los ve, ya ancianos, él menguado, ella cada vez más grande, situados uno en cada extremo de la barandilla, mirando abstraídos hacia el horizonte, como si no se conocieran.

MONEDAS DE ORO

Mi padre me cuenta que cruzó el océano con una bolsa de monedas de oro. Las escondió en su espalda, como si fueran una atrofia del hueso y, de tanto apretarse, las monedas se clavaron como un hierro tatuándole el perfil del rey. También llevó un libro bien encuadernado, una pluma con su tintero, dos camisas limpias, un jabón. Al estudiar ese equipaje, en el barco pensaron que era un clérigo, y guardaban silencio al verlo leer, eso lo protegió de la barbarie infantil de los marinos. Apenas mediaba el siglo xviii, de modo que fue uno de los primeros en llegar y se hizo rico. Nadie quería aposentarse en esta tierra brutal. Él, como buen converso, era valiente y astuto en los negocios. Con la bolsa de monedas compró veinte mil hectáreas en las lindes del Paraná, en el mero corazón de las barrancas, un terreno montañez y dilatado como el tiempo, donde no hay olivas, ni albero, ni edificación alguna sino pasto recio para el ganado. Allí, donde la tierra asoma a la selva, la selva al río y el río, ensangrentado de culebras, se hunde en el Brasil, construyó su primera vivienda. Y mi padre se levanta la camisa para que yo pase el dedo por su tatuaje, de una redondez perfecta. Me dice «toca, toca», y siento, como un trofeo, la hondonada de la espalda que se levanta maciza, tejida por los músculos. No le veo el rostro, pero sí esa mancha amonedada calcinándole la piel. Luego se acercó al puerto y contrató colonos para su campo. «Caras de mico –dice– dientes de piraña». En silencio, escucho el chisporroteo de las ascuas, una garza suelta su plañido, croan las ranas en la laguna. Mi padre se pasa la lengua por los dientes, continúa: «Poblé la tierra con cinco mil cabezas de ganado cimarrón. Un rodeo de cinco mil cabezas, ¿sabes lo que es eso? No alcanzaba un día entero para contarlas. Por las noches hacía progresiones matemáticas para ver cuántas podría tener pasados los primeros cien años. Pueden llegar hasta un billón –decía–, si sobrevivo. ¿Sabes lo que es un billón? Si comienzas a contar tu respiración ahora, al morir no habrás concluido». Aún de mayor, yo sentía vértigo ante el foso imposible de los números.

Cuando a mi padre dejó de importarle contar dinero, decidió construir una casa para albergar los libros que, como el ganado, crecían de forma infinita. También se casó con esa mujer que, como él, venía de España, la del pelo y los ojos claros. Entonces se dijo: «Una casa no, mejor construyo un

palacio». El pie de su esposa, pálido, de niña, cabía en su mano, pero su puño era fuerte y tenaz, con él golpeaba a quien alterara sus caprichos: mi padre adoraba esos modales de déspota. Cuando el palacio, con sus cincuenta habitaciones y sus diez baños, estuvo terminado, levantó el torreón que mira el río e instaló la biblioteca. La esposa salió a la ventana, hizo un mohín y dijo: «Sí, sí, todo está muy bien, tú tienes tus libros, pero mira, mira: el parque es de salvajes. Quiero flores de color violeta». Y luego: «Quiero pavos reales». Una semana más tarde, volvió a repetir: «Flores doradas». Ahora azules, como el ocaso en La Vera. Mi padre hizo traer bulbos de Holanda, que se pudrieron en el barco, brotes de encina que rechazaron la tierra densa, coníferas con raíces de taladros, que lograron agarrarse. Vinieron en el mismo barco muebles lacados de China, mármol de las canteras griegas, bronce batido con el que labró la balaustrada. Y la casa crecía bajo la mirada atenta de su esposa, que se descubrió como una administradora feroz. A su muerte, los pavos reales, con su grito de plañideras, se habían adueñado del jardín, y ventilaban con el abanico de sus colas los campos divididos entre los herederos.

En el torreón, que mira el río, mi padre comenzó a escribir, cerraba la ventana aunque hiciera ese calor pringoso de la selva para aislarse de los lamentos de los pavos. «Tuve éxito –dice– mucho éxito, en la Academia aún cuelga mi retrato». Calla y parece dormido, acaricio su mano. No me percibe; bajo su piel cuarteada tampoco yo me siento protegida. Soy joven, y pienso en los hijos que tendré, qué opinarán de todo esto. Afuera se ha hecho un silencio raro, muge una vaca, cientos de terneros responden con nostalgia: es el destete. Zumban las polillas y describen espirales en torno a la luz, se golpean, rebotan hacia la noche. Mi padre a veces se mueve y sonrío, a veces se desmorona gimiendo. Intento retirar la mano, pero quedo atrapada durante horas.

Cuando despierto, está hablando solo, como si la larga noche no hubiera cercenado el monólogo. No procuro entenderlo, mientras le acaricio la mano descubro el perfil que emerge en el alba y cobra masa, siento la ternura de una madre frente a un niño caprichoso. Habla en francés o en inglés, en alemán de a ratos, escande un desorden babélico de ideas y caen frases en polvaredas de rimas, se pierde en su batiburrillo de anécdotas. Sonrío, los labios curvados y tersos. «Mi mujer –dice–, mi mujer». Se refiere a la segunda, la más caprichosa, la más bella.

El parque ya había madurado, las palmeras despeinadas respunteaban el horizonte, las hermosas adelfas, abrasadas por el calor, vomitaban su tufo venenoso. A veces, al atardecer, se quedaba quieto, junto a la ventana, observando el río y sus meandros de plata. Entonces decidió viajar. De Europa había salido, y hacia allí regresó con las bodegas llenas, y hace el gesto pícaro de quien cuenta dinero. «Me recibió el rey de Inglaterra –dice–, crucé a París en un avión ensordecedor». Lanza una risita siniestra, lagrimea, siempre lloriquea un poco cuando habla del viaje, de cuando lo nombraron embajador, del traje que tenían que abrochar dos criados. Y las infinitas joyas para su esposa, los cuadros flamencos, las tallas. «Las casas son como los vinos –dice–, tienen su instante, su esplendor. Esta casa cuajó después del viaje –gimotea otra vez, y prosigue–. Nadie que haya hecho ese viaje volvió a ser el mismo, fue una aventura mucho mayor que la de la guerra». Y también: «He vivido muchísimos años, pero solo eso sucedió de verdad». Miro a mi padre con asombro, comprendo que nada de él sucede en el tiempo. No habla de la violencia, de la escoba de hierro que barrió Europa, solo de arte, de objetos preciosos, de paseos demorados junto al río. Llegué tarde a esa vida, pienso, a esa vigorosa existencia que solo fluye hacia atrás. «¿Y nuestra madre? –le pregunto, acongojada– ¿Recuerdas mi nacimiento? ¿El de mis hermanos? ¿Sabes acaso el nombre de mis hijos?». Me mira con los ojos vacíos. Mientras lo cubro con una manta veo la cicatriz en forma de moneda, ahora estriada. Es casi mediodía y entra una brisa fresca que puede dañarlo; multiplicados, los pavos pelean por el alimento y devoran el jardín. Se arrebujá, medio sonríe, me estudia. «No te pareces a ella –dice–. No te pareces en nada a tu madre». Luego añade, bajando la voz, como si aquello fuera un secreto: «¿Sabes que estaba loca? Me hizo todo lo feliz que puede ser un hombre, y también tremendamente desgraciado. Por suerte murió dejándome tiempo para casarme con mi amante».

Otra vez es de noche y aún no ha comido. Voy a la cocina, donde la última mujer de mi padre ha dejado un plato con algo de verdura, estoy por alcanzárselo cuando lo oigo gritar. Llama a su esposa, la llama a gritos, es el único nombre que retiene, de su memoria prodigiosa solo queda esto. Me acerco despacio, arrastrando los pies, apoyada en mi bastón, y le acaricio la cabeza, le digo que pronto va a volver, que no se inquiete, luego le acerco la comida y su apetito voraz lo calma. Soy una anciana, estoy vacía de afanes y solo me inquieta qué pasará con mi padre cuando yo muera. Del antiguo

palacio ya no queda nada, las paredes vacías, los canalones tapados, los zócalos donde los insectos tejen sus vidas milenarias. El parque ha resignado sus árboles, han vendido el ganado, y los pavos se devoran los unos a los otros; de noche, en el silencio espantoso, solo reverbera el olor de las adelfas. Dice un poeta que dilatar la vida de los hombres es dilatar su agonía, multiplicar el número de sus muertes. Se equivoca. Veo cómo mi padre se afana en ese hecho compensatorio y elemental que es la comida. En cambio yo, con la edad, he dejado casi de alimentarme y le he perdonado todo. Hasta cuando nadaba en la piscina llena de sangre. Le hablo del imperio sin alma de lo bello. Dice que no recuerda nada, con la boca llena grita y tapa mis preguntas, reclama a su esposa. No le digo que ahora aparece poco, que está demasiado atareada en vender las migajas, que sus hijos se han hecho dueños del palacio, que algunas noches los oigo trajinar en el ala norte, oscuros como murciélagos. Repito, en cambio, que no se preocupe, todo está bien, hemos llegado al billón de reses y, cuando vuelva a caminar, podrá acercarse a la ventana para ver, picoteando en el parque, el plumaje irisado de los pavos reales.

FRÍO

Trepa un sol blanquecino. Aves de rapiña, con hambre y feroces, dibujan espirales en el cielo. La madre se da la vuelta para proteger a su hijo, que avanza rezagado entre la nieve. Mirarlo la enorgullece, podrá sobrevivir al viento seco de la estepa, al invierno que está a punto de terminar. Será un buen jefe para el futuro, capaz de llevar al grupo hasta la zona protegida, se hará dueño de las mejores hembras. Entre el hielo, que empieza a quebrarse, fluye alegre el torrente del río, la hierba emerge respunteando la ribera. Ya díscola, la cría se aleja de su madre, retrocede buscando sol y alimento. No quiere la leche tibia que se cuaja en el estómago, desea estrenar sus dientes. Está muy cerca del cauce del río cuando tropieza. Por la pendiente de arcilla, resbaladiza y oscura, comienza a deslizarse, ya no puede ponerse de pie. Patalea y lucha por liberarse, pero se hunde. Fango en la boca y los ojos. En los pulmones, olor pestilente a cieno. Mira a su madre, que barrita enloquecida y se arremolina pidiendo auxilio al resto de la manada. Lo último que la cría ve es el cielo.

Más tarde, bajo la luz amarillenta de la noche, se proyecta una joroba de lodo brillante. La hembra la mira, lanza un gemido infinito, por fin se da la vuelta, sigue a la manada de mamuts hacia el norte, hacia los pastizales del estío.

El subsuelo siberiano está repleto de estos seres que, en su largo sueño, se han mantenido casi perfectos bajo el hielo y que el pueblo considera dioses del inframundo. Desde la era glacial el paisaje cambió poco, el aire es más húmedo y el cielo ha perdido su color eléctrico. Ya no existen los tigres dientes de sable, ni los rinocerontes lanudos. Ni las hierbas de hoja ancha, o los arbustos que los alimentaron.

De entre todos los dioses enterrados, de entre todos estos huesos y calaveras, los nativos prefieren al pequeño mamut oculto bajo la joroba de lodo que la primavera perfila a la orilla del río. Yuri sabe que no se lo debe despertar porque esto traería terribles desgracias al grupo. No tantas como el gas, que acaban de descubrir, y que intentan arrebatarse junto con las tierras. No tantas como el alcohol que han introducido y que los transforma en pendencieros. Yuri sabe que no debe hablar a los blancos de sus hallazgos, de los enormes colmillos que pujan con el deshielo, de los huesos desnudados

por el viento a lo largo de todo el litoral. No debe mencionar al pequeño dios dormido. Si ellos lo encuentran, piensa, van a venderlo como hacen con todo, aunque ni siquiera tiene marfil. Si lo encuentran, se dice, acarreará la desgracia. De noche, Yuri descansa junto a su familia, cinco hembras que le dio su primera mujer, cinco varones que tuvo con la segunda, una retahíla de criaturas que le nacieron de a dos y de a tres, como camadas de gatos. Le gusta el olor de las pieles de reno esparcidas por el suelo; mientras afuera flota la nieve, paladea el hedor a manada en torno a la estufa. Cae la nieve y todo es blanco, como en un sueño. De noche, Yuri sueña con el pequeño dios. Ha vuelto a quedarse viudo y no sabe si le conviene volver a casarse. No caben más crías en esa tienda, es imposible mudarla para el pastoreo con tanta gente dentro, pero él es todavía un hombre lleno de brío. Durante el larguísimo invierno ha mirado con deseo a su hija mayor, y eso lo asusta. Lyuba es una niña muy blanca, con una cara felina extraordinariamente hermosa y dientecillos afilados, pero una cicatriz le cruza el labio. Se hirió con la cuchilla del trineo una tarde de nevisca en que intentó ayudarlo. La señal no la afea, sino que le da una sonrisa extraña, como si se estuviera burlando. También azuza a los perros como el mejor de los pastores, y lo acompaña en el invierno hasta las taigas del sur. En verano suben juntos hasta el Círculo Polar en busca de líquenes crepitantes para alimentar a las bestias. Aunque todavía no ha cumplido los doce, despunta en ella la mujer, a la vez que es fuerte como un hombre. Y ella también sueña. Como su padre, sueña con el dios. Tal vez por eso Yuri tiembla al mirar ese espejo de sí mismo, de su fuerza y de su carencia. Al contemplar cómo duerme la muchacha lo acucia la torpeza de tenderse a su lado, de olfatear más de cerca ese aroma de animalillo, de tocarla. Pero recuerda que es su padre, lanza la plegaria al túmulo, pide consejo. Si se mantiene puro, si no bebe, si no pega a sus hijos y cumple con su trabajo, si no se acerca a Lyuba, el dios niño le devolverá un sueño iluminado. Los sueños iluminados aparecen tres noches más tarde de que haya adoptado la pureza. Cuando se plantan ante él, cuando los seres del inframundo lo convocan, siente que entre el pequeño dios y él hay un vínculo incierto. Obedece, aunque los símbolos lo obliguen a abstenerse de las mujeres, o le sugieran que venda a su enemigo el mejor de los sementales. Obedece y calla, luego va a la orilla del río, donde canta hasta quedarse ronco una canción de cuna para el pequeño mamut, para el dios con leche en los dientes.

Una noche el sueño le dice que todo ha terminado en la Península de Yamal. No es un sueño consolador sino terrible, en él ve a la primavera descongelando los ríos bajo los que despiertan cientos de animales que se quejan. Animales en sus fanales de hielo que pujan por liberarse. Animales eternos despertados del sueño de la muerte. En el paisaje, que se ha mantenido idéntico durante casi cuarenta mil años, aparecen máquinas de fauces tremendas que mastican el hielo. Yuri se desvela y se asoma a la entrada de su tienda. Allí fuera nada ha cambiado, solo se expande la planicie albina y esa monotonía lo calma.

Nada se sueña en vano, ni son gratuitos los oráculos: nada que esté en el futuro ha evitado su huella en el presente. Una semana más tarde, junto al túmulo del dios niño, aparece una pareja de extranjeros. Ella es rubia y alta, parece enferma. Él debe de ser su marido. Con unas pocas palabras mal hilvanadas en su propia lengua, él le explica a Yuri que solo es un fotógrafo venido desde lejos para fotografiar el portento. Junto a la pareja hay varios hombres del pueblo que cuentan dinero, y en medio de todos ellos, indiferente, emergido en su cuna de hielo, está, patas arriba, el dios. Por primera vez Yuri lo ve entero, tal como lo soñó, y la imagen le resulta de una impudicia tan estrepitosa que algo se le quiebra en el pecho. El dios ensoñado es feo y exacto, hasta se le pueden contar los dientes, las pestañas, en lugar de la trompa venturosa, exhibe un apéndice que recuerda el miembro de un viejo. Parece frágil, de pergamino, solo le falta un trozo de oreja desgarrada por algún perro del presente. Apenas hay cierta dignidad en su boca torcida, donde se trenzan la angustia y la muerte. Así que era eso: eso era todo. Yuri siente ganas de llorar. Primero de dolor, por la pérdida del misterio. Luego de orfandad, por fin de impudicia, porque la desnudez del dios lo mancha a él también de vergüenzas infinitas. Mientras lo cargan en una carretilla descubre que la piel se le está resquebrajando. Ve también su rostro de niño ciego, asustado y penoso, ese andar detenido de rodillas torcidas, como de borracho, por fin observa cómo se lo llevan, bamboleante.

Sin decir nada, se deja tomar fotografías junto a la bestia y, cuando ya no queda nadie, se dirige hacia su tienda y vomita. Luego, junto a la estufa, se quita la ropa y se tiende sobre las pieles, mientras vacía la botella de vodka estudia su cuerpo desnudo que le parece recubierto de la piel pedregosa del mamut. Es muy tarde, y tal vez sería mejor que lo olvidara todo, que se durmiera para buscar tras los párpados algún consuelo. Pero el dios ya no

existe, y sabe que no volverá a soñar. Mientras el sol rebota contra el horizonte espera que llegue Lyuba. La niña lo saluda, al ver la mirada brutal se asusta. Antes de que abra la boca le pega para que no grite, la sujeta, intenta no mirar la cicatriz del labio, le tapa la cara para que no lo escruten sus grandes ojos fijos.

Por fin, agotado, llora él también el infortunio de esa tierra mancillada.

MADISON, LOS PUENTES DE

En lugar de quedarse sentada junto a su marido conteniendo el deseo, como cuenta la película, en ese instante tenso bajo la lluvia, detenida ante el semáforo, la mujer baja de la camioneta familiar, corre cubriéndose del agua y sube al coche de su amante. No da explicaciones a su esposo, ni tiene tiempo de dejar una carta. Tampoco puede despedirse de sus hijos, que aún son pequeños, pero todo el mundo sabe lo que es la fuerza del deseo. Ha hecho bien. En la platea, los espectadores, que angustiados aguantaban la respiración, lanzan un suspiro de alivio. Les gusta el nuevo final de *Los puentes de Madison* y, con su dosis de romanticismo intacta, salen del cine.

Más allá de las cámaras, alejada por fin de los focos, la mujer está sentada en el asiento del copiloto. Deja que el fotógrafo le pase la mano sobre el hombro y así comienza su viaje. Conoce a su amante desde hace días, pero son suficientes para desear una vida juntos, ha sabido despertar en su cuerpo la certeza de la pasión y el eco de una juventud aletargada. Tampoco se trata de una mujer cualquiera. Hace años, empujada por este fuego incontenible, dejó Italia y siguió a un soldado para casarse con él. Era un héroe norteamericano, y ella, sin dilación, aceptó ser la esposa de un hombre bueno y acompañarlo a una granja en los EE. UU., donde le nacieron dos hijos.

Vuelve la cabeza y observa cómo se pierde en la distancia ese soldado, que ya no lleva uniforme y que ahora es un granjero sin el barniz de la aventura. Se siente culpable, aunque no demasiado, ¿quién habría podido resistirse al llamado de la pasión? El amante apoya ahora la mano en su rodilla.

No lleva maletas, así que, antes de coger el avión en Nueva York, él le regala ropa para el viaje. Es una ropa bonita, diferente, y la mujer siente que ha cambiado de piel. Ahora es otra: más joven, más elegante, más ágil. Mientras conoce la ciudad, él saca fotos para el *National Geographic*, visita bibliotecas, le hace conocer en dos días más gente que la que le ha presentado su marido en años de convivencia. Como si la fama se contagiara, se siente satisfecha de haberse unido a ese fotógrafo de fama internacional. Es la amante de un artista, de un bohemio y, cuando él la abraza en la habitación del hotel en Tanzania, se siente flotar. Dormir velada por el tul del mosquitero, despertarse con el rugir del león, ser una hembra que espera la brama, asomarse a la tienda

para descubrir amaneceres como brasas, vadear ríos que revientan en cascadas, cobijarse de tormentas pavorosas, repasar las imágenes de las fotografías una y otra vez, hasta encontrar el mejor encuadre, preparar con manjares desconocidos una cena para dos, viajar sin dirección fija.

Al cabo de un tiempo ha visto veinte países, cientos de atardeceres, miles de caras. Y su amante, como un homenaje al momento en el que se encontraron, ha fotografiado los puentes de cada ciudad. Uno se clava en su memoria. La escena se sitúa en un parque de Buenos Aires, donde un matrimonio de ancianos mira cada uno en la dirección opuesta, como si no se conociera. También la abrumba la fotografía de un antiguo parque abandonado a los pavos reales. En los raros momentos de descanso, en algún hotel perdido, escribe a sus hijos. No recibe respuesta y lo achaca a los constantes cambios de domicilio. Esto la hace sufrir, pero su amante le recomienda que no piense en ello.

Una mañana se despierta con una corazonada. Están ahora en el norte de Rusia, entrevistando a un pastor de renos que ha descubierto, entre las nieves eternas, el cuerpo de un mamut. Es una cría, y permanece, en su estado de congelación, en la misma postura en la que se encontró con la muerte, plegado sobre sí mismo, como un niño con miedo. Vuelve al hotel enferma, siente que en lugar del antiguo animal se ha topado con su propio dolor. Es una sensación helada que la hace encerrarse en el baño y vomitar, parece que tuviera que arrancarse de las entrañas cubitos de hielo. Por la tarde, aprovechando que su amante no está, pide una comunicación con su antigua casa y, mientras el teléfono suena, lo imagina sobre la mesa de siempre con la carpeta de ganchillo que ella tejió, junto a los sillones de flores, la chimenea encendida y los visillos descorridos. Lo imagina en esa vida donde nada cambia. Desea, cómo desea, hablar con sus hijos. Desea también conversar con su marido, preguntarle cómo está. Pero nadie lo coge. Esa noche duerme mal.

Como el hielo bajo el que se ocultaba el mamut, algo se ha quebrado dentro del corazón de la mujer. Ya no le gustan tanto los viajes y se siente sola cuando su amante, a veces durante semanas, tiene que dejarla en el hotel ordenando fotografías, repasando su contabilidad, organizando las entrevistas. Hace tiempo que es además su secretaria, todos admiran la inteligencia de esta unión apasionada. «¡Qué romántico!», exclaman, cuando él cuenta en público su historia, y la miran con envidia, como si fuera una heroína.

Un día él le comunica que tiene que hacer un reportaje en Roma. La

mujer se conmueve. Piensa ahora que volverá a casa de su madre y por fin podrá hablar con alguien de su pasado. Está nerviosa durante todo el viaje que, a causa de los compromisos de él, dura semanas.

Aprovecha que él tiene una reunión importante para tomar un autobús hasta su pueblo. Todo ha cambiado. Donde el tiempo había sembrado pobreza y la guerra destrucción, hay ahora villas hermosas, campos de vides, hoteles. Casi no la reconoce su madre, pero se abrazan hasta hacerse daño. «Cómo has cambiado», le dice. «Estás muy guapa», le dice también. Prefiere no responder, su madre es ahora una anciana. Luego, cuando se calman, la invita a entrar en casa, se sientan frente a frente, se cogen las manos, se miran sin saber qué decirse. Por fin la madre suelta: «Hija, lo siento mucho». Ella se sorprende y le pregunta por qué. «Por lo de tu esposo, dice. Era un buen hombre». Así se entera de que es viuda, aunque su madre no sabe qué tipo de enfermedad fue la que terminó con esa vida. Le cuenta, sí, que los hijos escriben a su abuela muy de tanto en tanto, que parece que están bien. Le muestra una foto. La mujer siente que su vida, su vida verdadera, está desplegada sobre esa mesa con su mantel de hule, en esa casa que dejó hace siglos para seguir a un hombre. Piensa qué hubiera pasado con ella si hubiera elegido un marido del pueblo, si se hubiera afincado allí. Piensa en las infinitas posibilidades de una vida. Piensa también en esos hijos suyos, que le parecen extraños. No dice nada de lo que siente y regresa a tiempo al hotel, para que su amante no le pregunte dónde ha estado.

Aunque se quedan varios meses en Roma, no vuelve a visitar a su madre. Ha adelgazado y le sienta bien, cada vez asiste a recepciones más lujosas y la fama de su amante la precede. Él es ya un hombre casi viejo, ella una mujer casi joven, ahora se notan los años que los separan. No obstante, el cuerpo de él sigue despertándole ternura, aunque no sería reticente con alguien más joven. Tiene alguna oportunidad y la aprovecha, pero sale de la aventura sintiéndose mal. «En realidad –piensa–, ese muchacho que ahora duerme a mi lado debe de tener la edad de mi hijo».

A veces recuerda los abrazos del amante bajo los puentes de Madison. Otras, la cría de mamut. Otras, los dos ancianos del puente desgajados por la vida. Un día recibe una carta, es de sus hijos. «Querida mamá –le dicen–, ya somos mayores, nos gustaría verte. No te guardamos rencor, solo queremos hablarte de nuestro padre. Mi hermano y yo nos preguntamos cómo, en un hombre tan sencillo, podía haber tanta pasión. Tú, que lo conociste bien,

podrás darnos una respuesta. Ordenando sus papeles, encontramos este sobre con tu nombre, te lo enviamos». La mujer despliega el papel, donde navega una sola frase: «Te querré hasta la muerte», dice. A partir de entonces sueña con él. A veces se pregunta si ha acertado al bajarse del coche en aquella mañana lluviosa. Cuando el dilema la punza, trata de espantarlo, como si fuera una mosca.

EL SILENCIO

*¿Y si me cegara al mismo tiempo que tú? De este modo, perteneceríamos a la misma
porción del mundo.*

Ismail Kadaré, *El firmán de la cieguera*

Para María Luisa y Omar Ramos

Una mano, dice el viejo, y sostiene el collar del perro que intenta correr por el andén, tras la chica pelirroja. Mira su reloj de bolsillo, son exactamente las siete menos diez de la mañana, la misma hora que marca el reloj de la estación. Una mano, repite, y ve cómo la chica se sube al tren. Mientras los vagones van ganando velocidad, la mano se agita, en una despedida, y corta el aire. La mano de esa chica que se aleja es parecida a la mano que vio entonces, piensa el viejo, una mano que se despide a esa misma hora, cuando el día se estrena. Una mano casi de niña, la palma hacia arriba –las líneas del destino cortadas–, inocente y abierta, como si quisiera saber si llueve. No olvidará esa mano mientras viva, agitándose desde el tren, en aquella lejanísima madrugada de invierno. Es ahora verano, y la chica que se despide le recuerda aquel amanecer frío. Él es ahora un viejo al que nadie mira, pero en aquel tiempo trabajaba como guardagujas y tenía un uniforme reluciente. Entonces, como hoy, se estaba pintando el día y él salió de la cabina con el uniforme y el silbato. El reloj de oro era nuevo, se lo había regalado su esposa, le gustaba cerrar la tapa con un «clic» sonoro a las siete menos once, un minuto antes de hacer las señales reglamentarias al tren que bufaba. Había subido y bajado las palancas, colocado las vías. Y el cartel de la estación, sin una mota de polvo: Angoulême. Justo en ese minuto, la locomotora entraba, reventando de energía. Era una época en la que los raíles afloraban como caminos de plata, avanzaban agujereando colinas, perforando túneles, vibraban delante de las fábricas. El guardagujas se sentía parte de ese progreso, acababa de casarse, le costaba dejar a su esposa entre las sábanas, separar las piernas enredadas a las suyas, desprenderse de sus brazos. Así que llegaba en bicicleta a la estación y, al entrar en la oficina, se servía el café humeante del termo. Todo era perfecto. Después del tren de las doce regresaba a casa, leía el periódico en su sillón. Cuánto le hubiera gustado echarse con su esposa solo media hora, dormir juntos una siesta. Pero el deber era el deber.

Aquel día eran las seis y media de la mañana. Controló la hora, se puso en posición en el andén. Entonces sucedió algo extraño, porque se oía la máquina unos minutos antes de lo previsto y cualquier quiebra de la rutina significaba que algo andaba mal. El tren hizo su entrada, se detuvo para que el maquinista estirara las piernas, el guardagujas realizó el saludo reglamentario pero de la máquina descendió un desconocido. Los vagones eran de carga y olían mal como si, durante largo tiempo, nadie los hubiera lavado. Esto avergonzó al guardagujas, porque el estado de todo lo que tuviera que ver con el ferrocarril le competía, así que caminó hacia el desconocido para comentarlo con él. El hombre, cuando notó que se acercaba, sin esperar orden alguna, dio un salto y trepó a la locomotora. Luego pasó lo que pasó, con toda esa gente en el andén. Cuando por fin la máquina comenzaba a moverse, vio la mano que se agitaba.

No era más que una mano, una mano que flotaba, se dice, como la de esa muchacha de pelo rojo que acababa de subir al vagón. Acerca su pierna al calor del perro, le acaricia la cabeza.

Ya ha visto, como todas las mañanas, detenerse el tren de las siete menos diez, así que puede regresar a casa. Es viudo, pero no le importa. La muerte de su esposa sobrevino mucho más tarde de que lo hubiese dejado, cuando casi no se acordaba de ella, cuando, de hecho, ya la había enterrado. Hay muchas maneras de morir, piensa, y algunas ocurren con el corazón latiendo.

Así que primero se quedó solo dentro de sí mismo, después se quedó solo dentro de su casa, después dentro de la cama que compartía con su esposa, por fin se le hizo ajeno hasta su propio cuerpo dibujado en el sillón verde y le pareció que el aire que respiraba tampoco le era familiar, sino que pertenecía a algún planeta extraño. Entonces ella, cansada de insistir, decidió irse. Eso fue, al menos, lo que dijo:

–Me cansé de insistir.

No porque no lo quisiera, se lo dejó bien claro, y como el primer día, dijo, como el primer día. Es que se cansó de esperar a que él le hablara.

–Cuando sepas qué es lo que quieres decirme, me escribes –insistió, con la maleta en la mano–. Volveré. Pero no me pidas que cuide de un hombre al que se le perdieron las palabras.

El guardagujas la miró incrédulo: llevaba meses tratando de hablarle, pero ya se sabe lo raras que son las mujeres.

Fue por lo del silencio. Y por lo de las muñecas, que nunca se lo

perdonó. Todavía tiene una foto de su esposa sobre la repisa, una muchacha sonriente con un vestido de flores, peinada con el pelo recogido en dos trenzas. Sucedió hace mucho tiempo, siglos atrás, antes de la guerra, cuando los trenes eran inocentes. Era la época en la que él todavía abrazaba a Madelaine con el pecho de músculos de metal adheridos a los huesos, con el prestigio del traje de guardagujas y los botones brillantes. Pero lo que él le había dicho y ella no supo escuchar no fue algo sin importancia, ante lo que se pudiera mantener la sonrisa y el vestido y el olor del pan, sino algo inmenso, imposible casi de pensar, una herida que se multiplicaba como hojas muertas y que se le quedó dentro, crepitando en su fogata.

Lo cierto es que a Madelaine le gustaban los botones brillantes de su uniforme y el abrazo juvenil, pero no las palabras que él susurró esa noche. Primero le dijo, con ese airecillo de institutriz que había desplegado en los últimos tiempos:

–No te metas en problemas. No has visto ni oído nada, ¿me entiendes?: tú ciego, sordo, mudo.

Luego, cuando vio que él persistía, le cerró la boca con un dedo y no se sentó a su lado preparada para escuchar. No, no hizo eso. Continuó sonriendo impávida y, por fin, se puso a conversar de naderías. Así que él siguió con las ascuas en las tripas y ella con su rutina, hasta que el guardagujas dejó de hablar.

Ahora, sentado en la cama, el viejo dibuja en la mente a la chica pelirroja del tren de hoy. Se quita los zapatos, los arroja lejos, se recuesta vestido. Hace calor, tiene la frente cubierta de perlitas acuosas, el pelo pegado. Si no fuera por el sudor se podría pensar que está muerto. Una hora más tarde lo despertará el perro, encerrado en la cocina, rascando la puerta, intentando salir.

Madelaine era hija de un fabricante de juguetes a cuerda. Había crecido entre animalitos que daban vueltas o que tocaban el tambor, y que ella coleccionaba amontonándolos en cualquier parte. Cuando la veía cocinar, el guardagujas se admiraba de esa precisión de movimientos, fruto de la exactitud con la que había sido criada. Era alegre, cariñosa y, desde el primer momento, lo había aceptado, antes incluso de que él pusiera la rodilla en tierra y ella, mirando hacia abajo, le respondiera «sí». Claro que era entonces un excelente partido, tan guapo, y con sus botones brillantes.

La primera noche no quiso desnudarse y tuvo que esperar casi un mes para que se dejara acariciar. Aguantó, pero no se lo dijo a nadie, porque entonces todo el pueblo hubiera dudado de su hombría. Fue después del viaje a la ciudad, cuando él le compró un vestido de flores con un sombrero de paja. Después de tomar una cerveza habían ido al fotógrafo y se habían hecho un retrato. En la fotografía, Madelaine llevaba el sombrero en la mano, así que las dos trenzas oscuras relucían como la grupa de un potro. Esa misma noche se dejó abrazar y, allí mismo, con la seguridad de una experta, se soltó el pelo, se lo cepilló frente al espejo, antes de quitarse el camisón y quedarse completamente desnuda, de pie, le dijo:

–Hazme un hijo.

No dijo «te quiero» o «me duele» o «ten cuidado». Ni siquiera se ruborizó. Fue un apremio, una orden, algo que parecía haber reflexionado largamente hasta implantarlo en su matriz; el guardagujas se quedó tan sorprendido por el tono y las palabras que casi no pudo hacer nada. Luego, cuando salió de su estupor, reventó el dique del deseo y se derramó dentro del cuerpo que lo succionaba. Y esa voz ronca en su oído, persistente.

–Hazme un hijo.

Por la mañana se levantó un poco más tarde, feliz, relajado, y escuchó que Madelaine estaba limpiando la casa. No dijo nada, no se acercó a besarlo, sin desviarse ni un ápice siguió con su rutina. Así se instaló entre ambos un ritual. Se despertaba muy temprano, se montaba en su bicicleta nueva y acudía a la estación, con su brillante traje de guardagujas. Cenaban en silencio, ella recogía la mesa y, cuando se metían en la cama, otra vez el «hazme un hijo» desquiciante. Sucedió con una precisión de muñecos a cuerda, pensó el viejo, y colocó frente al retrato de su mujer el monito vestido de militar que tocaba el tambor. Lo puso en marcha y lo dejó avanzar hasta el borde de la cómoda desde donde el animalito, ciego a los límites, se despeñó.

Madelaine no solo coleccionaba juguetes de latón y mecanismos de relojería, juntaba de todo: cajas de cerillas, dedales, acericos y, en especial, muñecas. Por las mañanas les hablaba, las acicalaba como a criaturas, les planchaba los vestiditos para sentarlas en sus lugares: muñecas de ojos de vidrio y pestañas largas, pelo natural, mejillas pintadas de rosa. Myriam, con su lazo azul, siempre sobre la butaca que está junto a la chimenea, Marie, llena de volantes, en la repisa, entre la colección de tazas de café, Muriel, en el

sillón de terciopelo verde y Margot, la preferida, sobre la cama.

Margot sobre la cama con su traje de bebé y la sonrisa de pasta de papel. Un ejemplar raro, casi de coleccionista, con la cabeza giratoria cubierta por un gorro, la mitad de la cara siempre escondida. Risa o llanto, llanto o risa. El guardagujas nunca supo por qué su esposa elegía una expresión u otra, qué mensaje, si es que había alguno, deseaba transmitirle. Margot llevaba en el pecho un mecanismo que provocaba que, cuando la sacudían, sonara un vagido siniestro.

Como si no fuesen más que versiones de una misma identidad, todas las muñecas de Madelaine tenían nombres comenzados por «M». Él podía vivir con ellas e ignorarlas a todas, excepto a Margot que, sentada sobre su colcha, lo sacaba de quicio y le hacía pensar en el hijo que tanto tardaba en llegar. Cuando Madelaine comenzaba a acicalarlas, en lugar de enfadarse cogía la azada y se marchaba al huerto, el único espacio en el que no era estéril.

El viejo mira por la ventana de la cocina. Antes estaba adornada con lazos y flores, ahora los cristales están sucios, el jardín abandonado. Apila allí los trastos que nunca se decide a tirar.

A Madelaine no le gustaba que colgara su ropa en el jardín, «trae, trae», le decía, y la metía dentro para continuar susurrando: no tienen por qué saber los vecinos lo que llevamos por dentro, qué les importa. No seas torpe, tápalo con una sábana, y lo regañaba con el tono de quien riñe a una criatura. Claro que entonces aquello tenía sentido porque el huerto era un primor, con los surcos vibrantes de fecundidad, el ciruelo preñado. Solo pendía de la cuerda su chaqueta, como una bandera brillante. Por las mañanas, Madelaine lo ayudaba a abrochársela. Luego repasaba la bicicleta con un trapo húmedo hasta dejarla como barnizada y le decía «anda, vamos, que vas a llegar tarde». Él, entonces, hacía sonar el timbre para que todos los vecinos vieran que salía temprano de casa en cumplimiento del deber, aunque tuviera una mujer hermosa.

A su lado el perro mueve la cola, intenta lamerle una mano. El viejo abre la puerta y deja que salga al patio para llenarlo de alegres ladridos.

–Vamos, tranquilo. Mañana volveremos a ver los trenes. Te gustó la pelirroja, ¿eh, perrito? ¿a que te gustó?

Barre alrededor de la mesa, recoge del suelo la figurita de cuerda que se ha caído y, sin pensárselo dos veces, la tira a la basura.

Era horrible lo que sucedía entonces en la estación. El guardaguijas no sabía alemán pero, a fuerza de escuchar y escuchar, algunas frases se le quedaron grabadas. Las gritaban los soldados a los hombres que, temblando, bajaban del vagón con los brazos en alto, aturdían a todo el mundo, aunque luego nadie hablara de ello. Vio y escuchó no solo gritos y ladridos, sino también ruido de cerrojos, vagones que se abrían, iban de vagón en vagón preguntando *wie alt? wie alt?*, una frase que normalmente se dirige a un niño pequeño acariciándole la cabeza, *wie alt?*, ¿qué edad tienes?, y a los que pasaban de diez años les decían *raus, raus*, les ladraban *raus, raus*, y no les acariciaban la cabeza sino que los hacían bajar a culatazos, con tanta violencia que ni siquiera podían despedirse de su familia. Como lobas, algunas mujeres gritaban. Otras, aterradas, parecían mudas: daba igual, a veces el silencio y los gritos se tocan. El guardaguijas lo vio todo de pie, sobre el andén, con su uniforme brillante que, de pronto, le empezó a parecer absurdo. Absurdo el uniforme, la gorra, el reloj, la estación y el pan que había comido con el desayuno, absurda su bicicleta, las noches con su mujer, los juguetes a cuerda. Y él estaba allí, con el silbato entre los dientes y una linterna —era el alba y había niebla—, haciendo las señales reglamentarias.

A los hombres los hacían bajar, también a los niños de más de diez años, luego se quedaban allí en el andén, con los brazos en alto, a veces durante horas, hasta que venía otro tren y se los llevaba. Cuando la máquina desaparecía, todos los sentidos parecían estar en entredicho, aullaba el silencio, estaba ciega la voz: era el infierno el que había abierto su párpado durante un segundo para volverlo a cerrar.

Ahora nadie quiere recordar nada, piensa el viejo, pero aquello sucedió a la vista de todos. Y, mientras el convoy se alejaba, iban desfilando ante sus ojos las esquirlas de un mundo hecho pedazos.

No, no lloró, después de ver todo aquello no lloró, porque los hombres no lloran, y también porque, pasado cierto umbral, el dolor se hace mudo. Regresó a casa a la hora de siempre en su bicicleta y lo primero que hizo fue cerrar la puerta, cerrar la ventana, contárselo en voz baja a Madelaine:

—Madelaine, oye lo que vi —y le tomó las manos para que la confianza se filtrara a través del tacto, las venas, la sangre. Madelaine lo oyó muy seria. Por fin, cuando las palabras le llenaron los oídos, retiró sus manos, se levantó de la cama, alisó la colcha y le dijo:

–Tengo pollo para cenar.

Al principio el guardagujas pensó que, de puro delicada, evitaba conmoverlo aún más y también guardó silencio. Hablarían más tarde, cuando él fumara el pitillo del día y ella se pusiera a tejer. Pero, esa noche, Madelaine apagó la luz más temprano y enseguida se durmió. A la mañana siguiente, sin variar sus costumbres, cuando él quiso hablar, le tocó con un dedo los labios:

–Calla, tonto –le dijo–, ya me contarás. Qué me dirás, que yo no sepa...

Así esperó durante semanas. Por las noches, cuando ella volvía a arremeter con aquella pasión, intentaba corresponderle, pero ahora todo resultaba tan mecánico como cuando levantaba la palanca para que se colocaran las vías. Era aquel un silencio tan compacto que le vibraba en los tímpanos dejándolo sordo, como antes lo habían dejado ciego los gritos del tren.

En realidad, no era un secreto que los alemanes habían cercado el campo de Les Alliers y que se habían llevado a los españoles. ¿Adónde y por qué? Eso nadie lo preguntaba. Y continuaron las conversaciones con los vecinos por encima del seto de arizónicas, las escuetas charlas con los viajeros en la estación, los chistes superficiales con los compañeros, el traje de guardagujas perfectamente planchado, la bicicleta a punto. La única diferencia era que todo el mundo estaba escondido detrás de una máscara que había terminado por adherirse a la piel. Así pasaron los días. Solo el huerto prosperaba y el maquinista se dedicaba a herir la tierra para sacarse la rabia de encima.

Fue más o menos para esa época cuando empezaron los reproches. Su suegro, el fabricante de juguetes, había dejado esas nimiedades y ahora ejercía una actividad indefinible que le estaba dando muchísimo dinero.

–Un varón, necesito un varón –repetía–. Mira, solo tengo esta hembra –y señalaba a Madelaine con orgullo y desprecio a la vez–. Un varón para que siga con todo esto cuando yo muera –y decía «todo esto» de manera abstracta, señalando con la mano una zona oscura que iba mucho más allá de la habitación.

Un día, el guardagujas acompañó a su suegro al médico porque al viejo le supuraba una uña. El médico lo miró torciendo la cabeza, luego le recomendó un remedio caro:

–Si no hace lo que le digo –subrayó–, se le va a infectar, puede costarle la mano.

El hombre miró al facultativo con su mirada ávida, se lo pensó un poco, pareció hacer cálculos, por fin le espetó:

–Y si me corto el dedo, ¿cuánto me costará?

¿A ese hombre tenía que darle un nieto?

La que no parecía preocupada en absoluto era Madelaine. Tenía el pecho más voluptuoso, el pelo brillante. También su carácter estaba cambiando. Ahora, cuando lo veía trabajando en el huerto, se sacudía el delantal y cruzaba los brazos, como una matrona que espera que un hijo díscolo entre en razón. El guardagujas, desconcertado, no se atrevía casi a levantar la vista y seguía cavando, con la esperanza de que ella se aburriera y entrara en la cocina. Pero Madelaine podía quedarse allí, plantada durante horas, dando golpecitos en la tierra con la punta del zapato.

¿Y si aceptaba que hay cosas que no tienen palabras? Estaba a punto de reemplazar su angustia por temas cotidianos cuando, ese mismo viernes, sucedió lo del tren de las mujeres.

Sucedió una mañana casi al alba, recuerda el viejo, una mañana similar a esta, en la que una muchacha pelirroja se subió a un tren en la estación de Angoulême y sacó la mano para despedirse de un perro, una mañana lechosa y blanquecina, pero no de verano sino de invierno y hace tantos años, el cielo encapotado y el río gruñendo bajo las placas de hielo. Nevaba mucho en ese tiempo, no se podía salir de casa, él con la pala y Madelaine observándolo orgullosa, cualquier mujer sabe lo que vale tener un hombre para quitar la nieve. Seguía haciendo lo que ella le pedía, más ahora, en invierno, cuando era imposible cavar el huerto, obedecía porque no le gustaba enfrentarse a esos ojos helados. Para entonces la gente sabía de sobra lo que estaba sucediendo, así que también las charlas en el bar, con los compañeros, se hicieron huidizas.

Lo peor de todo no era el contacto con los alemanes. No porque fueran más o menos terribles o malvados, algunos eran casi niños, lo verdaderamente siniestro llegó en el momento en el que, a fuerza de repetirse la escena, los hechos más serios se instalaron en la banalidad, en el aburrimiento, y todo comenzó a parecer normal. En algunos lugares se hablaba de esos trenes como se puede hablar de fútbol, como si fuera algo burocrático, tedioso, vulgar. Todos sabían todo, pensó el viejo, aunque años después dijeron que nadie sabía nada.

En cierto modo, no había de qué quejarse: los trenes avanzaban a la carrera sobre dos láminas de hierro claveteadas, brillaba el uniforme del guardagujas y los horarios habían vuelto a ser los habituales, solo eran diferentes ciertos trenes rigurosamente vigilados. Como debe ser, todos pagaban su pasaje. Algunos lo hacían como toda la vida, en la taquilla, por propia voluntad, eligiendo el horario en el que querían desplazarse, el asiento, el destino. Otros pagaban también, pero no de forma voluntaria, sino con lo que se les expropiaba. El método era lógico: como los viajeros de los coches especiales no querían viajar, en nada intervenía su voluntad, así que no elegían: ni el horario, ni la plaza, ni el destino. Sí, el ferrocarril y las empresas de turismo hicieron mucho dinero en esos años, ya que los que iban en vagones de ganado hacia los campos de concentración también habían abonado el pasaje, y así los trenes tuvieron su momento de auge, su crecimiento incontenible.

Para saber de qué se habla al referirse a estos trenes hay que imaginar un miedo dentro de otro miedo dentro de otro miedo, un imprevisto desgarró, el ruido del tren golpeando el cerebro, el ahogo en el vagón, imágenes vertiginosas hacinadas como cuerpos, el tiempo triturado y en los ojos astillas, rastros de caricias, fugas de objetos, polvo de cosas. Y la mano, la mano pálida de esa muchachita flotando en una madrugada de invierno.

Era como una jaula de gritos en la madrugada fantasmal, gritos blancos de nieve rebotando contra el vagón. El viejo no recuerda el mes, pero sí el frío, y que una capa de escarcha cubría el mundo. El guardagujas ya había conseguido su primer cachorro, un pastor albino que se frotaba contra sus piernas y dormía a los pies de la cama. Madelaine protestaba, lo echaba agitando un cojín, haciendo «fú, fú», como si fuera un gato rabioso. Pero el cachorro, escondido bajo la cama, esperaba que los pies de ella ascendieran y, cuando el guardagujas estaba dormido, se acercaba sigiloso hasta lamerle una mano. Juntos iban al trabajo, el cachorro trotando tras la bicicleta, ladrando alegre a todos los que se cruzaban y, en la estación, le acariciaba la cabeza para sentir algo vivo, algo tibio cuando esos trenes se acercaban. Era fácil distinguirlos, no solamente porque llevaban gente en los vagones para ganado, sino también por el olor. A pesar de la nieve, a pesar del frío, el guardagujas nunca había olido algo así, quién sabe desde dónde viajaba esa gente y qué sucedía allí dentro. El vagón de esa mañana estaba lleno de españoles, por eso

le llamó la atención. ¿Qué hacían allí? Luego supo que tenían una misión: levantar el campo de Mauthausen. Pero ¿y las mujeres?

A las mujeres las vio esa madrugada líquida, cuando les arrancaron los hombres y se quedaron solas en el vagón, tan asustadas que no eran capaces ni de gritar. El guardagujas esperaba allí con la señal en la mano, su casaca brillante recién planchada por Madelaine, su casaca absurda, listo para dar la orden de partir. Entonces lo atrajo la mirada tan intensa de una muchacha hermosa y menuda. Hermosa y callada, con el pelo largo inconcebiblemente sucio, de grandes ojos oscuros como la virgen de la iglesia del pueblo, sin lágrimas en esos ojos impresionantes aunque le estaban arrancando a su padre, un hombre fuerte que se asía a la chica, los estaban separando a culatazos. Esa *madonna* en la mañana, bajo la nieve. Y lo peor, se dijo el guardagujas, lo peor de todo era que ella no lloraba. No llora, pensó el guardagujas, con su reloj de oro en la mano y, mientras lo decía, sintió cómo una lágrima caliente le atravesaba la mejilla. Una lágrima él, que nunca lloraba. La muchacha ya había sido empujada al tren y, por unos instantes, todo se mantuvo en silencio. Hasta la nieve que, lentamente, caía. Cuando los hombres se quedaron en el andén con los brazos en alto –siluetas oscuras contra la nieve blanca–, y el vagón comenzó a alejarse, la muchacha que no lloraba hizo algo simple, conmovedor: sacó una mano por entre los tablones del vagón de ganado y se despidió, como si fuera una turista que emprende un viaje de verano y pensara reencontrarlo, en una o dos semanas, para compartir anécdotas merendando bajo los tilos. Como la chica pelirroja de hoy, la de los ojos grandes sacó la mano para despedirse, una mano finísima, de dedos ahusados que, poco a poco, se fue perdiendo en la distancia. Mientras tanto, la lágrima rodaba a cámara lenta por la mejilla del guardagujas. No era verano como hoy, sino invierno, y el guardagujas contuvo su dolor, terminó la mañana sin escuchar ningún comentario, incapaz de procesar el espanto traqueteante de esa jaula de gritos tensados hasta la extenuación.

Algunas semanas más tarde, volvió a toparse con el tren de las mujeres. Regresaban quién sabe de dónde, pero no vio ya la mano, nadie hablaba del tren lleno de mujeres a las que les habían arrancado los hombres, que vagaban como si fueran turistas porque habían pagado su pasaje, turistas accidentales, víctimas accidentales que terminarían quién sabe dónde, vio esta vez cómo

arrastraban a una mujer cadavérica y sucia, enferma, por temor a que contagiara a las demás, dijeron, como si la enfermedad fuese el problema, como si la peste no fuera la que todos tenían en el alma. Sí, todos estaban contagiados de muerte. O de miedo. O de indiferencia. Esperó entonces en la estación para ver qué hacían con ellas, esperó para saber por qué volvían a pasar, esperó hasta que se llevaron a la enferma, esperó para ver otra vez la mirada intensa con la que se había cruzado, pero los ojos no aparecieron ni tampoco la mano que saludaba o se despedía, no apareció más que el hedor y los gritos, tanto más débiles.

Por lo que dijo la mujer enferma, supieron que ese tren no tenía destino. Pudo verlo también en el itinerario, venía de recorrer campos de concentración tocando el timbre en cada uno de ellos para ver quién se hacía cargo de matar a esas mujeres, jugaban con ellas al «ni sí ni no, ni blanco ni negro». El tren golpeó la puerta, salieron los carceleros con sus perros y se les preguntó si allí podrían entrar, si valía la pena bajarlas. De Angoulême a Mauthausen, de Mauthausen a Ravenbruck, de Ravenbruck a Berlín, de Berlín a París, y otra vez a Angoulême, y allí el guardagujas las vio por segunda vez, luego las perdió para siempre, un acertijo para niños, ahora están, ahora no están, ciudades con nombres de trabalenguas, un tiovivo, un estribillo violento que hacía gemir los goznes de las máquinas, repitiendo «el miedo a morir, a morir, a morir, a morir». Entonces el guardagujas, con una piedra en la garganta, regresó a casa para hablar.

Estaba solo su suegro, que había llegado con una caja llena de comida, el desabastecimiento parecía haber comenzado para todos menos para él. Poco más tarde apareció Madelaine, vestida con su traje de niña, llena de paquetes.

—¿Tú por aquí tan pronto? ¿Cómo es eso?

Se quitó las botas, sacudió la nieve del abrigo. En la habitación abrió cajas, alisó papeles, guardó lencería, pasó la mano por la colcha impecable, tomó a Margot, su muñeca, su bebé, la meció para compensarla de tan larga espera. Luego giró la carita hasta ponerla en actitud de llanto. Sin decir nada asió la chaqueta de su marido, la sacudió también, hundió el rostro en la tela, la olisqueó antes de colgarla en el perchero de la entrada. Su suegro estaba sentado en el sillón verde y fumaba uno de los escasos cigarrillos que se conseguían en el mercado y, como si fuera un extraño que había brotado por allí, miró a su yerno por encima del periódico, luego volvió a concentrarse. Acostada en la mesita baja, Muriel parecía reírse con su sonrisa de porcelana.

Frente al padre, como si fuera su esposa, se había sentado Madelaine y tejía una bufandita para Margot, a quien había acomodado en su regazo. Margot, con sus ojillos de hielo, lo miraba.

El guardagujas se encerró en su habitación. Poco más tarde, cuando escuchó que se cerraba la puerta, se asomó a la sala. No había nadie, ni en la cocina, ni en la bodega. En el jardín helado, los surcos del huerto describían una minúscula cadena de montañas. Se sirvió un té antes de ir con la carretilla a buscar las muñecas.

Una hora más tarde, Madelaine sollozaba abrazada a su padre. Desde los cristales escarchados, vio a su marido que se calentaba las manos frente a una hoguera, vio el humo negruzco subir hasta el cielo, vio la pasta de papel derretida y pegajosa burbujeando, vio la porcelana reventada, el esqueleto de cartón retorciéndose, vio el pelo encendido como una tea. Margot con su gorrito ya había ardido, el rostro a medio camino entre la sonrisa y el llanto, Muriel tenía los ojos calientes y flotando en sus cuencas, Myriam, con su vestidito azul, estaba tendida de espaldas, los pies acariciados por las llamas. Luego el guardagujas tiró al fuego la almohada de la cama, las sábanas, la colcha sobre la que durante tanto tiempo se quejaba o se reía Margot. Cuando todo terminó, cuando el fuego dejó de pintar de rojo las manos del guardagujas, tomó una pala y revolvió los restos de la pira de cuerpos exangües y desnudos, la montaña de cadáveres y, con un gesto de jardinero experto, comenzó a darle a la tierra con la azada, a sepultar el humo y las cenizas.

¿Abonan los muertos? ¿Abona el silencio? ¿Todo nutre y alcanza su sentido, todo sirve para algo? Indiferente a estas preguntas, el cachorro, blanco como la nieve, soltaba ladridos alegres y danzaba en torno a las brasas.

Ha pasado mucho tiempo desde aquel fuego. Mientras camina hacia la estación, al viejo le vuelven a la cabeza los secretos que traían los trenes del Este, los trenes de Polonia. Raíles que hablan, pensó, rachas de palabras que giran en las ruedas de metal, todo se sabe en el mundo de los trenes. Recuerda los rumores del pueblo, el miedo al retorno de los liberados de los campos, la ciega persecución a la que eran sometidos una vez que se creían libres, no ya por los alemanes, sino por la gente común. Recuerda cómo, cuando todo terminó, la gente normal empujaba a los judíos de los trenes, a los que salían

de los campos los bajaban a trompicones de los vagones sin que nadie lo pidiese, sin que nadie los amenazase, no eran alemanes, era la buena gente la que tiraba a los judíos al suelo para matarlos entre las vías, al costado de los caminos, y los dejaban abandonados, como si fueran animales.

Buena gente que vive encerrada en su casa, piensa el viejo, mientras acaricia a su perro, que desconfía del vecino, cuenta su dinero y no se ocupa de nada más, gente de bien de los pueblos. Y la mano de su suegro con su feroz avaricia, las muñecas locas de Madelaine controlándolo todo. Gente de bien, como esa muchacha sonriente de falda liviana que lleva a su niño de la mano, ese panadero que acarrea una olorosa cesta de bollos, ese hombre que detiene su coche para que cruce una anciana: gente de bien.

Y la mano que flota y se despide para siempre, agitándose en la madrugada, la mano ligera de una mujer que se va.

ASÍ QUE ESTO ERA EL AMOR

Para Mercedes Calabrese Obligado

Para ser tan viejo, tenía unos ojos brillantes que parecían querer decir algo por encima de los tubos y los cuidados, también la sonrisa burlona le llamó la atención. Había sido bastante famoso, dijo su sobrina, mientras le ofrecía mucho más de lo que se suele pagar por este tipo de cosas.

–Quiero que esté bien, pero tengo dos niños y muchísimo trabajo, ni siquiera vivo en la ciudad. Vendré de vez en cuando, no me queda otra que fiarme de ti.

Lyuba recibió llaves e instrucciones. En realidad, aquella era la primera vez que cuidaba a alguien. Había intentado ganarse la vida dando clases de ruso, pero nadie quería aprenderlo en Normandía, eran los rusos los que pagaban por aprender francés. Además, ella no era ni rubia ni alta, sino más bien pequeñita, muy plana, con aspecto de oriental.

Acomodó la almohada del viejo y, durante toda la tarde, sentada junto a la ventana para no gastar luz, estudió sus exámenes. Cuando llegó la enfermera de noche, Lyuba ya se había hecho a los ojos del viejo. En su tierra, cuando ninguna mujer se podía ocupar, a los ancianos se los subía al trineo y se los llevaba a buscar líquenes. Su abuelo había muerto ayudando a su padre con los renos, y su abuela había sobrevivido más de cien años sin dejar nunca de guisar. Todo era diferente aquí, Lyuba necesitaba dinero, era demasiado mayor para vivir bajo el mismo techo que sus padres de adopción. Al principio había fantaseado con volver a Rusia, pero el tópico de que los niños adoptivos buscan su pasado no tenía sentido con ella, que recordaba todo. Además no era rusa sino una nómada, una habitante del Ártico.

Jan la esperaba apoyado bajo una farola que lanzaba un chorro de luz sobre su cabeza. Llevaba todo el cuerpo tatuado y la cabeza rapada, pero sus ojos ingenuos demostraban que era menos fiero de lo que le gustaba aparentar. Lyuba se sentía atraída por él, aunque la proximidad de los hombres le producía un temor casi patológico. Conoció a Jan al llegar, en las clases de francés, eran los dos únicos que hablaban castellano y había sido casi indispensable hacerse amigos. Se acercó a Lyuba y le tendió una mano, ella se dejó acompañar pero no lo invitó a subir a su piso, aunque se quedó de pie junto a él, mientras Jan se terminaba el pitillo. Era algo más de lo que Jan

había logrado la semana anterior, así que la saludó con la mano y se marchó contento. Le gustaba esa chica, le gustaba a rabiarse, solo ver la pequeña cicatriz que tenía sobre el labio lo estremecía.

Por la mañana, el viejo pareció recibirla de mejor talante. No podía hablar, pero se esforzaba en una mueca que se parecía a una sonrisa. Además, estaban los ojos. Venciendo la repugnancia, Lyuba lo lavó, agradecida de que no la mirara mientras lo frotaba con una toalla. Era un viejo de huesos de cristal, pero debía de haber sido fuerte y guapo, sin duda rubio, de ojos claros e inquisitivos. Resultaba curioso que no le despertara rechazo, pensó, mejor así, era conveniente mantener aquel trabajo todo el tiempo que le fuera posible. La enfermera de noche, antes de despedirse, le había recomendado que no se encariñara, «estos viejos duran poco» dijo, casi sin preocuparse de que el enfermo la pudiera escuchar. Cuando extendió por fin la manta, el viejo le rozó una mano, y Lyuba creyó ver una sonrisa de agradecimiento. No estaba mal, se dijo, ese trabajo, a pesar de todo, no estaba mal, solo había que ocuparse del enfermo que, de todas formas, pasaba gran parte del tiempo dormido. Después de darle de comer también le dio sueño a ella y se quedó tendida en el sillón, al lado de la cama, con el libro abierto sobre el vientre. Despertó porque el viejo había empezado a golpear el vaso con una cucharilla.

Llegó tarde a la última clase. Su facilidad para aprender idiomas la llenaba de orgullo. Primero la lengua de su pueblo. Luego, en el orfanato, ruso, castellano con sus padres de adopción, y ahora francés. No lo hacía mal, casi sin acento, mucho mejor, en realidad, que la mayoría de sus compañeros. Jan llegó más tarde aún y se sentó detrás de ella. A modo de saludo le acarició tímidamente el pelo. Lyuba se retrajo un poco, pero no se retiró.

Una semana más tarde ya se había instalado en la rutina. A cambio de que el viejo no la mirara cuando lo estaba lavando, lo dejaba rechazar la comida sin aspavientos, bastante problema tenía el pobre con mantenerse con vida. A veces se sentaba a su vera y le cantaba esas canciones aprendidas de niña y que aquí, en Francia, nadie era capaz de comprender: canciones de nieve y de tiempos de caza, canciones para levantar una tienda o para acompañar a un difunto. El viejo la escuchaba como si las conociera y, si Lyuba se detenía, salía de su ensimismamiento golpeando con furia el vaso.

Una mañana, en lugar de a la enfermera, encontró a la sobrina:

—Lo estás haciendo muy bien, Lyuba —le dijo—, parece contento. ¿Por qué

no le muestras algunas revistas, o esos viejos álbumes? Seguro que le gusta, era un fotógrafo muy reputado, algunas de sus imágenes son célebres. Coge lo que quieras de esas pilas y muéstraselo, tal vez se relaje, aunque el pobre apenas si reconoce.

Pero no era así en absoluto. Cuando Lyuba acercaba sus caderas finas a las costillas del viejo y abría una revista sobre la cama lo sentía temblar, como si la sangre, entontecida por la edad, recuperara su inteligencia. También, cuando empezaba a pasar las páginas, hacia delante y hacia atrás, notaba ese calor un poco pegajoso en el costado: imágenes, imágenes de todo tipo, reportajes completos, rostros, ciudades. Y puentes, muchos puentes. A veces los álbumes y los paquetes de revistas eran tan pesados que resultaban difíciles de transportar, así que una tarde le pidió a Jan que la ayudara a poner todo aquello en orden. El viejo pareció molestarse, golpeaba el vaso sin que pudiera hacerlo callar, solo se calmó cuando Lyuba le acarició la cabeza. Era una calva áspera, atravesada por lo que quedaba del pelo, con lunares y costrones. Aunque lo conocía de una forma demasiado íntima, nunca lo había tocado de manera gratuita, esto era nuevo, e hizo que, de pronto, las arrugas de la frente del viejo se distendieran. Lyuba contuvo la sonrisa: al viejo seguían gustándole las mujeres.

Está rivalizando, sintió, y la idea le hizo gracia. Como los renos, los hombres competían hasta la muerte. Esa noche soñó con una cría de mamut atrapada en el hielo. El sueño era recurrente, y sabía que su aparición significaba algo.

A la mañana llegó un poco tarde y la enfermera se quejó porque le había tocado a ella lavar al viejo, quien se había puesto de muy mal humor y había escupido el desayuno.

–Le di un sedante, dijo, ahora está tranquilo, pero no sabes los golpes que tiraba al aire, parece mentira que un moribundo esconda esa fuerza.

Aunque tenía que haberla escuchado, el enfermo no abrió los ojos. Solo al anochecer, cuando la calle se tiñó de rosa, hizo el gesto de que le alcanzara álbumes y revistas. Lyuba abrió uno en el que solo había retratos de mujeres, muchas de ellas estaban con el fotógrafo que ahora sí, en la plenitud de la edad, le pareció atractivo: en Buenos Aires, en Nueva York, en Tanzania, luego varias fotos con una mujer rubia de rasgos suaves: había sido un hombre mundano, un vividor, y ahí estaba, lagrimeando ante sus cenizas. Lyuba le acomodó las almohadas y apagó la luz. Le pareció que el viejo lloraba, con un

gesto casi materno, le retuvo la mano en la oscuridad y le acarició el brazo. Sintió la piel quebradiza, en el antebrazo se le habían hecho varias heridas bajo las cuales aparecía un escándalo de sangre. Tuvo la sensación de que el alma del viejo estaba envuelta en papel de seda y que, debajo de toda esa rémora, palpitaba el deseo. Le curó el brazo, volvió a vendarlo, se le hizo tarde y, cuando salió a la calle, Jan estaba de mal humor, fumaba su cuarto pitillo y la recibió quejándose. Ese día se separaron casi enfadados.

Por la noche volvió a soñar con el mamut. Ahora el hielo y el lodo que lo cubrían se resquebrajaban por un vestigio de calor y, junto al animal, hormigueaban los curiosos. Era una escena tan vívida que la hizo despertarse llorando, la violencia de su padre tan cerca, tan cerca. También estaba Jan, aunque no recordaba qué hacía en su sueño. Se levantó con mal cuerpo y pasó todo el día un poco revuelta, evitando los ojos del viejo. No le acercó las fotografías, ni tampoco lo acarició, hizo caso omiso de la cuchara contra el vaso. Como si fuera un mantra, se llenó la cabeza de verbos irregulares en francés, los conjugó en todos los tiempos posibles, de arriba hacia abajo, de abajo hacia arriba, hasta que el cerebro le quedó vacío. Tampoco aceptó la invitación de Jan para ir al cine y no lo dejó acompañarla a su piso. Se sentía injusta, pero necesitaba estar sola. Por fin, cuando llegó a su casa, se metió en la cama, se tapó la cabeza con la almohada y un llanto seco, como de piedras, la derrumbó. No había llorado nunca. Ni siquiera cuando su padre desapareció en la nieve, ni cuando los rescataron y a ella la llevaron al hospital para curarle las heridas y a sus hermanos quién sabe dónde. Se asomó a la ventana. Despuntaba la primavera y, sobre los techos, todavía con escarcha, goteaban los últimos carámbanos: había comenzado el deshielo.

La despertó una lluvia de piedrecillas contra la ventana. Era muy temprano y ahí estaba Jan, saludándola, muerto de frío, siempre con poco abrigo, la cabeza brillante bajo la farola, lanzando vapor por la boca. Cuando miró hacia arriba, Lyuba se conmovió con su sonrisa abierta. Desayunaron casi en silencio y, mientras caminaban por la calle vacía, Jan le pasó una mano sobre el hombro. Lyuba, temblando, pensó: «Me va a besar». Luego sintió horror de su propio miedo. Pero Jan se limitó a acompañarla hasta la casa del viejo y, con una sonrisa nerviosa, le dijo que quería hablar con ella, tal vez esta noche, insistió, vendría a buscarla para ir a clase. Lyuba subió por las escaleras y se detuvo en el rellano, casi ahogada, luego pensó que tenía horas para calmarse, casi le faltaba la respiración cuando saludó al viejo y este

golpeó la sábana indicándole que se sentara a su lado. Pero hoy la rutina no le servía de nada. El viejo casi no se dejó lavar, en cambio comió más que nunca, en lugar del gesto adusto sonreía con aire de niño caprichoso y angurriente. Como si esto hubiera sido un acto premonitorio de lo que sucedería más tarde, a media mañana llamó la sobrina, le dijo que la enfermera de noche estaba con fiebre y le suplicó que se quedara. Luego agregó:

–Solo por hoy, Lyuba, no volverá a suceder, te lo prometo, te pagaré el doble. Pero tendrás que apañártelas, en el pueblo estoy sin cobertura.

Le dijo que sí casi sin pensarlo, la emergencia la liberaba de la cita con Jan, fue tranquilizándose con la lectura hasta que el viejo comenzó a hacer sonar la cucharilla; entonces, con la cabeza en blanco, se entregó a su trabajo como a un narcótico. Fue al pasar las páginas de la cuarta o quinta revista cuando lo vio. En una foto gastada, patas arriba, estaba el dios de su padre. El viejo parecía particularmente contento, como si aquello lo llenara de recuerdos gratos. Señalaba con su dedo retorcido una imagen y otra, y otra, hasta que Lyuba pudo entender que las había sacado él. Él y esa mujer rubia que lo acompañaba. Él. Estaba cuidando a ese viejo de mierda que, con sus imágenes, había atraído la desgracia. Y eso era todo.

Sin hacer ningún gesto que pudiera despertar la desconfianza del viejo, Lyuba siguió pasando las páginas de la revista, cuando consiguió calmarse llamó a Jan e intentó que su voz no tuviera matices. Entonces le prometió que sí, que cuando comenzara el calor iría con él a la playa, escuchó su voz alegre y confiada, sí, iré contigo, repitió, estaba en disposición de prometer cualquier cosa porque ya nada tenía importancia.

Mientras preparaba las medicinas intentó concentrarse en lo que sus antepasados podían esperar de ella, pero en su cerebro, algodonoso y sin ideas, nada parecía cuajar. Le dio de comer al enfermo, que ahora estrenaba unos caprichos de niño loco. Evitando sus ojos, cansadísima, se quedó dormida en el sillón. Entonces volvió a soñar con el mamut. En el sueño, el dios del submundo, aún encogido bajo el hielo, abría su boca congelada y silabeaba: ven-gan-za. Venganza contra ese viejo, ese moribundo que ni siquiera sabía el daño que había causado con su estúpida fotografía. Venganza.

Lyuba lo estudió en la semipenumbra. Así, dormido, con la boca entreabierta y los brazos sobre el vientre, ya parecía muerto. En realidad solo tenía que avanzar un poco más: una almohada que se sujeta con ímpetu, una

medicina en una dosis más alta, el aire de una burbuja que se filtra en una cánula, una ventana que se abre y deja entrar el frío. Es tan fácil empujar una vida que se termina, ¿quién va a investigar? ¿Acaso la sobrina no se sentiría liberada? Matar a un hombre al que se está cuidando, sus antepasados dormirían tranquilos y ella podría pensar en el amor. El amor: eso que raramente conoce una mujer violada. Abrió la ventana: tenía toda la noche por delante.

La sacó de su ensimismamiento una tos curiosa. El viejo había abierto los ojos y la miraba con expresión asustada, los globos oculares saltones y amarillentos, la piel muy blanca.

–No lo hagas –parecía decir–. No lo hagas.

Intentó no mirarlo, pero la respiración anhelante llenaba la habitación, le dio la espalda, siguió asomada a la ventana tiritando, concentrada en las estrellas que parecían nubes de harina, y así se mantuvo hasta que se sobresaltó con el sonido del vaso cayendo sobre el parqué.

–No debo darme la vuelta. Si voy a matarlo, no debo dejar que me atrape con esos ojos tremendos.

Pero, antes de que el pensamiento se clavara más hondo, Lyuba se acercó a la cama y, con un gesto mecánico, subió las mantas, acomodó la almohada. Entonces lo miró. ¿Ese era su enemigo? Desorientado, el anciano la observó como si no la conociera: había comenzado su agonía.

Perpleja, Lyuba entendió su situación. No tenía a quién llamar, nadie que se hiciera cargo de esas horas tremendas, en la intimidad profunda de la muerte estaban solos. Miró el cuerpo, los párpados apretados en una mezcla de abandono y miedo, las manos como garras asidas a las sábanas, como si la suave tela blanca lo pudiera salvar del naufragio. ¿A qué dioses elevaría sus rezos? No había ninguno en las paredes ni en sus fotografías, nada a qué asirse para lograr un poco de consuelo. Lyuba sintió que una oleada de piedad anegaba el agujero quemado de su pecho. Era una ternura acuosa, casi esencial. ¿Y dónde estaba su odio? ¿Dónde el ansia de venganza? Nada, no había nada de todo aquello: había desaparecido con el sueño.

Se sentó a la vera del viejo y comenzó a acariciarle el brazo. Pero el viejo, en lugar de tranquilizarse, cambiaba de posición, intentaba llenar sus pulmones con el poco aire que podía atrapar, peleaba asido a las últimas briznas de vida, parecía despeñarse, ahogarse en el fango. Lyuba comprendió entonces qué era lo único que podía tranquilizar a ese viejo enérgico y vital

que ahora se moría. Muy lentamente se sacó la blusa y dejó que viera sus pechos delicados, que los acariciara con esas manos ásperas como nunca lo había hecho un hombre. Luego, cuando el enfermo pareció agotado, se tendió junto a él y dejó que su calor joven le diera consuelo. Y al sentir que se calmaba, acercándose a su oído, murmuró:

–No tengas miedo, no tengas miedo, déjate ir.

Mientras lo apretaba contra su pecho, el viejo se contrajo y luego pareció distenderse. Lyuba sintió la vida marcharse y, antes de que asomara la fealdad de la muerte, le cerró los ojos y lo cubrió con una sábana. Luego se cubrió ella también.

La luz del alba hacía emerger la ciudad. Asomada a la ventana, Lyuba, pudo ver los últimos vestigios del círculo enorme de la Vía Láctea repitiéndose en espiral, orbitando sobre todas las cosas. Fue a la cocina y se preparó un café. Mientras se calentaba las manos alrededor de la taza, se dijo que más tarde llamaría a Jan, lo dejaría besarla.

AGUJEROS NEGROS

Para Martín Obligado y Natalia Ares

Un hombre está sentado en el banco de una plaza. Siente un dolor y, mientras cae, se toca el pecho. Lo humilla arrastrarse, el pantalón manchado con tierra, está tan encogido que no puede gritar, es incapaz de alcanzar las pastillas. Es su segundo ataque, sabe que será el fin si no lo ayudan. De pronto, a la altura de su cara, ve unos zapatos moteados, como de bailarina española, calcetines rojos, el ruedo de un vestidito rojo también. Una niña, con su globo, se acerca y lo estudia. No entiende por qué ese hombre se retuerce, los adultos son muy extraños. Va a llamar a su madre cuando una paloma se acerca tanto que le parece que puede alcanzarla. Siempre quiso atrapar a uno de esos pájaros. Hace unos días, su hermana mayor trajo un pichón en una caja y lo escondieron para que no lo viera su madre. No era de paloma, sino de gorrión, tenía una boca amarilla y menesterosa, pero estuvo horas refregándose. Si ella atrapara esa paloma, su hermana tendría que guardarse sus palabras, sus «tonta», sus «enana», sus «pulga». Esa paloma de cuello irisado y ojitos redondos, de pico curvo y orgulloso. Como si quisiera provocar a la niña, el pájaro da unos pasos, abre las alas para lanzarse a volar, solo es un amago, espera y se arrebulla porque se acerca un macho. Entre arrullos se persiguen, parece que el palomo va a darle alcance. La niña se da la vuelta y corre tras los pájaros que, ante el movimiento brusco, levantan vuelo con un sonido de aplausos lejanos. Corre tras ellos y deja escapar el globo, que es lo último que el hombre ve, bamboleándose en el aire, antes de cerrar los ojos.

Elsa se asoma al balcón. Ve el globo rojo que bascula contra el azul del cielo. Brilla una mañana nítida, de esas que añora desde que vive fuera, una mañana transparente, como las de su infancia. En Madrid estará comenzando el otoño, aquí dan ganas de aplaudir a esta primavera temprana. Es una sensación que está relacionada con su regreso al terreno conocido, al barrio, al jacarandá cuajado de gorriones, a la perspectiva sobre el cuadrilátero de Plaza Irlanda. La plaza, los gritos, los niños. Dos palomas se detienen en la cornisa y se arrullan. Qué difícil hablar de la primavera sin resultar cursi. Recuerda un verso: «Era del año la estación florida». ¿Góngora? Sí, Góngora,

y esos poemas desordenados del barroco que había que reorganizar, leer desde un costado y desde otro, al vies, piezas de un puzle magnífico que buscaban su lugar.

Es casi mágico estar aquí, en Buenos Aires, en este balcón. Su marido tenía un congreso en México y evidentemente no le apetecía que lo acompañara. Cada vez le gusta más viajar solo y tiene razón, porque los congresos de protésicos dentales son cualquier cosa menos divertidos. Además, su matrimonio es, a estas alturas, previsible y monótono, aunque no lo verbalizan por temor a herirse.

—Cuando nos jubilemos —dijo él antes de partir—, entonces iremos juntos a donde nos plazca. Sin los chicos.

Cuando nos jubilemos. La bendita frase quedó picando como una pelota. Cuando nos jubilemos. Nunca lo había pensado. Primero, porque al cambiar de país hay diez años que se pierden en conseguir lo mínimo. Después, porque los hijos le dieron tanto trabajo que ni siquiera tuvo tiempo de pensar en el futuro. Y el futuro había llegado, se resumía en una sola frase: cuando nos jubilemos. Entonces comenzó a hacer sus propios planes.

Madrid en verano es asfixiante, seguro que a alguien le apetecía cruzar el mundo y llegar al otro hemisferio, donde es invierno. Lo comentó con todos sus amigos, con los compañeros de la biblioteca, pero el precio del pasaje y la crisis disuadieron a las pocas personas que aún no tenían proyectos. Entonces llamó a su hijo para invitarlo:

—Im-po-si-ble, mamá. Y Elsa lo imaginó quitándose de la frente un mechón de pelo. Luego dulcificó: ¿y si me invitas a cenar? Quiero contarte algo importante.

Colgó el teléfono arrepentida; dijera lo que dijera, el viaje a Buenos Aires estaba decidido.

Mientras recogía sus papeles evaluó que tenía algunas cartas más. Fue al regresar a casa cuando pensó que tal vez no sería mala idea invitar a la pequeña, pero luego tuvo que reconocer que no le gustaba viajar con ella; ahí donde su hermano era perfecto, la niña solo intentaba afianzar su personalidad a base de usar de felpudo la de su madre.

Qué diablos, se dijo entonces, no necesito a nadie para que me acompañe en un viaje hacia el pasado, porque al final era eso, sin duda. Me voy sola. Ni bien lo verbalizó, se dio cuenta de que no había estado sola en los últimos veinte años. Y entonces fue cuando su sobrina le escribió para contarle que

estaba libre la casa de su infancia.

–Está cambiada, pero te va a gustar. Y ahí sigue el árbol y la panadería de los polacos. Murieron los viejos, creo que ahora la lleva el nieto. ¿Te acordás de la panadera?, esa mujer enorme, que nunca aprendió castellano.

Sí, claro, cómo podría olvidarla, en el acto Elsa la recuperó con la precisión de la memoria olfativa: la ternura del pan al salir hacia el colegio, la mujer altísima siempre de oscuro, barriendo la vereda, esa constelación de lunares rojizos en la frente.

Ahora está aquí, en este balcón: «Era del año la estación florida»: Buenos Aires en septiembre. Todo se repite y se descoloca a la vez. Si el viejo Góngora seguía apasionándola, si la antigua casa venía hacia ella con el aroma del barrio, ¿por qué no llamar a Fabián?

No era primavera sino verano, y tantos años atrás. Graciela estaba nerviosa y un airecillo fresco estremeció su nuca perlada de sudor. Con el pelo levantado parecía más alta, los pantalones de verde fluorescente, siempre de verde para resaltar su pelo rojo. Caderas picudas, plataformas, camiseta negra con amplio escote, un poco delgada tal vez. Corrió el colectivo, trepó casi en marcha. Al pasar por Plaza Francia, un hombre se pegó a su pantalón y comenzó a frotarse. Qué asco. Por fin se pudo deslizar hacia la puerta y, al llegar a la facultad, se dio cuenta de que era temprano.

¿Temprano para qué? Sin duda, para sentir lo que sentía. Fabián solo le había propuesto que se tomaran un café antes de clase. «Para revisar los apuntes», dijo. Nada de citas ni de miraditas, nada de frases de doble sentido o de roces casuales. Era evidente que tenía novia. Fabián tenía novia, se repitió Graciela, incluso los había visto juntos en la facultad, una chica menuda, razonablemente bonita, estudiante de física, aspecto melancólico y una trenza hasta la cintura. Tenía novia y se llamaba Elsa. Pero, aunque lo sabía, ahí estaba Graciela esperando algo, enamorándose siempre de quien no correspondía. La brisa le encendió los pezones. Cubriéndose con la carpeta avanzó hacia el bar, entre nubes de cigarrillo pasó revista a las mesas ocupadas. Fabián no se sentaría demasiado adelante, era tímido. Ni demasiado atrás, tampoco le gustaba pasar completamente desapercibido. Se colocó frente a la puerta, preparó la escenografía para que pareciera natural pero, al abrir los apuntes, todo le pareció borroso. En la entrada del bar, una paloma cloqueaba persiguiendo miguitas. Odiaba esas ratas con alas, y agitó la

carpeta para espantarla. En ese momento apareció Fabián.

–¿Abanicando el aire? –Graciela sonrió de una manera torcida. Tartamudeó.

–Las palomas...

–Sos más grande que ellas, no tengas miedo, boba –y, sin preparación alguna, le acarició una mano.

Ahora sintió que se le erizaba el vello del brazo. ¿Lo notaría Fabián? Miró la mano sin saber qué hacer y, cuando levantó los ojos, Fabián, indiferente, estaba espiando sus apuntes.

A la noche, repasando los hechos por enésima vez, se dijo que había sido una casualidad, una simple muestra de afecto entre compañeros, una actitud protectora, nada de lo que ella estaba sintiendo tenía base alguna. Sin embargo, soñó con Fabián.

El verano se llevó a la gente, emigraron caravanas de jóvenes después de los exámenes, cuerpos sudorosos y firmes huyeron hacia algún sitio en el que soplara el aire. Como su madre estaba cada vez más insoportable, Graciela intentaba pasar el menor tiempo posible en casa. No le había quedado ningún examen pendiente, todo el tiempo del mundo estaba a su disposición. Todo el tiempo, y aquel verano vacío en el que Fabián se había disuelto.

Se compró un vestido escotado verde y lo guardó en el ropero, unas sandalias muy altas. Se cortó el pelo azafranado casi como un muchacho. Cuando hacía tanto calor que la calle se volvía imposible, Graciela se probaba la ropa nueva frente al espejo. Luego, si no había moros en la costa, se miraba desnuda y, al acariciarse, intentaba pensar que esas manos no eran suyas, sino de Fabián.

Un día, cansada de sí misma, lo llamó, pero cuando una mujer levantó el auricular, se quedó sin habla.

Por fin sus padres se fueron a la playa. Por primera vez, se negó a partir y, por primera vez también, le permitieron quedarse sola en casa. Sentada, en el desorden de su habitación, Graciela tomó dos decisiones: la primera consistía en buscarse un trabajo, la segunda, en perder la virginidad antes de que recomenzara el curso. Esa tarde, aburridísima, decidió embutirse en el vestido verde y salir de caza.

Por suerte, la madre de Elsa no la había obligado a vestirse de negro y le

había permitido aislarse de ese festival lúgubre donde las mujeres, peinadas de peluquería, hablaban bajito y tomaban neuróticamente café. Solo el vitral enorme, de vidrios de colores, daba alguna alegría a la sala. A Elsa siempre la había sorprendido esa pulsión de las mujeres por correr a la peluquería al día siguiente de una muerte: peluquería después de la muerte de sus abuelos, después de la muerte de su hermana menor en aquel accidente que casi ni recordaba, peluquería ahora, después de su padre. La frase la golpeó: ¿después de su padre? ¿Hay un antes y un después, o todo permanece? No permanece, idiota, no permanece: tu padre se acabó. Sea-ca-bó.

Salió de casa casi huyendo. Su padre había muerto, sí, no lo vería más, le costaba aceptarlo, a pesar de que en los últimos meses lo había visto sufrir tanto que había deseado que todo terminara. En la calle, el verano se había concentrado hasta convertir el aire en un puré. Buscó un teléfono y llamó a Fabián. Atendió su hermana.

—¿Llamaste hace un rato y colgaste?

—No, no era yo.

La hermana menor malcriada. Minutos de silencio para demostrar que estaba en sus manos:

—¿Lo despierto?

Sí, despertalo, tuvo ganas de gritar Elsa, ¿cómo puede estar durmiendo mientras me muerdo de pena? Pero dijo:

—No, no le digas nada.

La muerte y el vacío negro. Sus pisadas sucias. Sus cochinas pisadas sucias indelebles, sus botas llenas de barro manchándolo todo. La muerte. La muerte asquerosa. ¿Todo moría? ¿Moriría ella? ¿Moriría también su historia con Fabián? Un vendedor de globos iluminó la tarde. Elsa compró uno, al rato no supo qué hacer con él, y lo soltó. Al verlo liberarse, sintió que estaba colocada cabeza abajo, y que era ella la que se alejaba, tragada por un agujero negro. Seguro que así se había ido su padre, gravitando en el espacio, y que volverían a chocarse en algún punto de la enorme espiral del universo.

Decidió no regresar a casa hasta la noche, así que se metió en un bar. Como siempre que estaba deprimida, se atiborró de dulces pensando en su padre. Luego pidió una cerveza. Su padre y su hermanita, y sus abuelos, todos juntos, como moléculas de una misma masa, flotando plácidamente quién sabe dónde. ¿Qué era todo aquello? ¿Un colapso? ¿La cristalización del tiempo? ¿Todo era, en realidad, simultáneo? Ah, la voz, la voz persecutoria surgiendo

ahora del magma oscuro, ese eco dentro de su cabeza:

–Se acabó, Elsitita. Simplemente se acabó.

Elsa era estudiante de física, la única chica en su curso, muy en contra de las opiniones de mamá, que esperaba para ella un futuro razonable, muy a favor de las opiniones de papá, que la aceptaba como una continuación de sus propias rarezas y que guardaba en el sótano una serie de aparatos que montaba y desmontaba con rituales casi sagrados. Allí se escondían los dos, conjurando la tristeza de la casa:

–Mirá, Elsitita, la máquina del tiempo –y le mostraba un aparato muy parecido a una batidora de huevos–. Si bato muy rápido, viajaremos hasta un agujero negro, y ahí el tiempo es otro, Elsitita, es otro, ahí todos los seres humanos se vuelven a encontrar. Si batimos muy fuerte, nos encontraremos con tu hermana.

Resulta muy difícil desmontar aquello en lo que creíamos de chicos, piensa Elsa, aquellas confianzas sin fisura, ajenas a la pragmática comprobación de la ciencia. Todo eso de la batidora y los agujeros negros era un auténtico disparate, pero cómo se divertían sentados en un mismo banco, con los ojos cerrados y dándole a la manivela. Sí, abrazada a su padre, ella sentía que el tiempo se dilataba, y también la materia, no le alcanzaban los brazos para dar la vuelta a su torso. Qué bueno era sentirlo próximo, solo para ella. Sin darse cuenta murmuró «papá», y los ojos se le llenaron de lágrimas. ¿Ahora él la habría reemplazado por la hermanita muerta? ¿Se estarían divirtiendo juntos? Los imaginó inmersos en la relatividad del tiempo, cayendo por un túnel, de la mano. Estaba un poco borracha. Acalló la voz con otra cerveza, se tomó dos más y vio, sorprendida, que la luz de la tarde había sido devorada por la noche.

Comenzó a caminar por la avenida. Llegar a casa andando era una locura, pero no se detuvo. No, nada muere, nada muere del todo. A la altura del parque la asustó el sendero del que no se veía el final, estaba valorando si le convenía tomar un taxi cuando unas manos fuertes la tomaron por la cintura.

–¡Te pesqué!

–¡Fabián! ¿No estabas en casa? Tu hermana me dijo que...

–¿En casa? No he estado en casa en todo el día. Mi hermana es idiota.

Elsa lo miró como quien mira a un aparecido, luego se alegró. Mientras él le acariciaba la cabeza y le retiraba el pelo de la cara, mientras jugaba con su trenza, sintió que lo mejor que le podía pasar en el mundo era que Fabián

no entendiera nada de muertes ni de desapariciones, que fuera ese tipo normal de grandes ojos claros que inspiraban confianza. Llevaban dos años saliendo juntos y Elsa siempre había sabido que terminarían casándose. Aunque casándose era una palabra excesiva, más bien viviendo juntos. No podía imaginarse la vida sin Fabián.

Sentada en el avión, Elsa recordó el año de la muerte de su padre, ese año terrible que terminó alejándola de la facultad y, para siempre, de la física. Fue un día de verano, de hace, cuántos, ¿treinta años? Llegó a casa tarde, había pasado la noche con Fabián en uno de esos hoteles por horas de los que está lleno Buenos Aires, y a la mañana, mientras desayunaban y hacían planes, se habían jurado amor eterno. Amor eterno, sonrió Elsa, un amor que duró apenas unos meses más, porque Fabián viajó por un proyecto de su carrera y ella recibió la herencia de su padre, con lo que pudo disponer de su futuro.

¿Por eso se había ido? ¿Por eso había abandonado a Fabián? ¿Había sido por causas que nada tenían que ver con él? ¿Pura casualidad? Recordó cómo su madre, en lugar de ir controlando la pena, había empezado a meterse en la cama ni bien llegaba del trabajo y se dedicaba a llorar: a los gritos, sin pudor alguno, a llorar, y a mirar fijamente la fotografía de su hermanita, vestida de rojo, con los zapatos a lunares que le habían regalado el día del accidente. Al principio a Elsa le pareció que lloraba por la muerte del padre, pero luego comprendió que su dolor era mucho más profundo, más viejo, y nada lo podría acallar. Su madre lloraba el dolor de estar viva, de haber sobrevivido a su propia familia, y no pensaba ya en Elsa.

Habían sido una familia feliz, una familia feliz como cualquier otra, con padre, madre y dos hijas, una casa bonita en un barrio, el jacarandá enorme en la puerta. Ahora solo quedaba ella. Solo vos, Elsa, solo vos. Su madre lo repetía como si aquello fuese una culpa, como si Elsa no debiera seguir con vida, como si ella misma, empecinada en su dolor, ya se hubiera muerto también.

Una mañana, antes de partir hacia la facultad, Elsa se acercó a la habitación de su madre que estaba dormida y, sin querer, hizo crujir la madera del pasillo. Su madre se sobresaltó, salió de su sueño de narcóticos y, al ver a Elsa dijo, simplemente:

–Ah, estaba soñando y creí que eras tu hermana, pero solo eras vos.

Además, eran años terribles, se justificó Elsa, un tiempo en el que nadie

podía predecir qué pasaría mañana. El vaciamiento de la facultad, el golpe militar, las clases cerradas, los amigos desaparecidos o yéndose. ¿Quién, en esos años, hubiera elegido quedarse? Y la insistencia del abogado de su madre en entregarle su herencia, como si le aconsejara, sin animarse a decirlo, que se alejara de ahí.

Abajo, sobre el dibujo contundente del Brasil, las nubes parecen pinceladas de témpera. Hace un día clarísimo y, sobre el continente americano, palpitan las nevaduras de esos ríos tremendos. Hace años que no ve algo tan hermoso, esa naturaleza inmensa que no existe en Europa, la densidad aletargada de las palmeras, las poblaciones semi escondidas entre la selva. Por un momento pensó en su marido. ¿Qué estaría haciendo? Un rato más tarde el avión comenzó a perder altura y la voz impersonal del piloto anunció que estaban a punto de aterrizar.

–Mamá, quiero hablar contigo.

Elsa dejó de estudiar su billete de avión y frunció el entrecejo intentando imitar un profundo interés, el esfuerzo la hizo ponerse un poco bizca.

–Dime, Fabián, ¿qué te pasa?

Fabián. ¿Cómo se le había ocurrido aceptar que su hijo llevara el nombre de su primer novio? Claro que Elsa jamás le había contado a su marido nada sobre la existencia de aquel primer Fabián. Fue una casualidad. El abuelo y el padre de su marido también se llamaban Fabián, un nombre inusual en España, y ella protestó tibiamente ante la propuesta de continuar con la tradición:

–Pero si tú no te llamas Fabián...

–Mi padre sí, y a él le hubiera encantado.

Es verdad, pensó Elsa, al viejo le hubiera encantado. El padre de su esposo acababa de morir. Era un anciano sorprendente que, desde años atrás, se movía en una silla de ruedas a toda velocidad, de joven había sido ciclista, y ahora, atado a esa silla, parecía divertirse. Elsa quería a su suegro, le gustaba ese humor áspero como un rallador, sus ironías punzantes a la vez que cariñosas. Ni siquiera le molestaban sus ideas del neolítico, ni la casa con muebles de notario o la nostalgia permanente de tiempos siempre mejores. Lo cierto era que el viejo la había recibido sin prejuicios y le había permitido toda suerte de rarezas sin meterse jamás con ella.

–Mira que casarte con alguien que se dedica a las prótesis dentales –le solía decir–, qué poca imaginación, Elsa ¿cómo no te vas a aburrir, muchacha?

Yo esperaba que mi hijo fuese torero. ¿Y tu trenza? Hay, hija, lo que tú has hecho es cortarte la coleta.

Fuese lo que fuese su esposo, jamás hubiera cumplido con las expectativas del viejo, unas expectativas que, por cierto, variaban permanentemente. Yo hubiera querido que fuese médico, que fuese astronauta, que fuese apicultor. ¿Te imaginas, Elsa, toda esa miel gratis? Lo decía relamiéndose como un gato, mientras, discretamente, untaba una tostada con un dulce prohibidísimo. Si se hubiera llamado Fabián, como yo... ¿Te imaginas? Para ti no hubiera sido lo mismo estar casada con un hombre que se llamara Fabián. Y lo decía con una sonrisita que a ella le helaba la sangre. Maldito viejo adivino, maldito viejo, pensaba Elsa, y le acariciaba una mano. En España nunca había mencionado a su primer novio, así que aquello era pura casualidad. De modo que Elsa aceptó ponerle Fabián a su hijo, pero no le contó a su marido que era también el nombre de la persona a la que más había amado en el mundo. Y ahí se había quedado su amor, y el nombre de Fabián, en ese pesadísimo y ominoso «mamá, quiero hablar contigo», y su huida hacia Buenos Aires, antes de que su hijo la aplastara bajo el peso de las confidencias.

Graciela se aburrió pronto de su vestido verde. No había casi nadie en la ciudad en vacaciones, y la fantasía de encontrarse con Fabián se había desvanecido hacía rato. De todas formas, entró en un bar donde la gente estaba bailando y procuró dejarse llevar por la música.

Al principio fue apenas un movimiento tímido. Unos vasos de alcohol más tarde comenzó a perder pie. No era ella la que bailaba, pensó, no era Graciela, formal estudiante de periodismo de tercero, hija responsable de una familia responsablemente aburrída. No, no era ella, cuya única originalidad era ser pelirroja, ese balancearse en conjunto tenía algo tribal, un cuerpo gigante lleno de brazos y de piernas que se agitaban. Y todas las bocas, a la vez, coreando: *all you need is love, tararará*.

Afuera, en la ciudad desierta, apenas reverberaba el tono atávico de los bajos y nadie imaginaba lo que estaba sucediendo: no lo sabían los vecinos, ni sus padres, ni los profesores, ni los militares que habían tomado la ciudad, ni la farmacéutica de la esquina, nadie sabía nada, ella tampoco sabía nada, la cabeza vacía, *all you need is love*, y el dulce tacto de Fabián sobre su mano aquella tarde. Su mano, su mano, su mano. Estoy borracha. Somos una tribu

que baila la danza de la fertilidad. La idea le gustó, porque le vaciaba la cabeza de prejuicios, comenzó a agitar las caderas. Era tan liviano todo, tan agradable. Casi fuera de sí, mientras el sudor le corría por el pecho y la espalda, tuvo la sensación de que podía verse como si se hubiera alejado de su cuerpo gracias al alcohol o a la danza. De chica había querido ser bailarina, y ahora bailar era lo único que la relajaba. Bailar y bailar, el vientre marcando círculos, las caderas liberadas, bailar como si fuera lo último que pensaba hacer en la vida, la virgen que se entrega a la danza antes de darse a un hombre. Sí, todo lo que necesita es amor o, más bien: lo que necesito es sexo. ¿Darse a un hombre? Qué antigüedad. A la mierda todo, menos esa mano que la toma por la cintura y la aplasta contra un cuerpo fibroso, esos labios tibios que le susurran «pelirroja» tan cerca del cuello. No ve la cara, pero no importa. No se trata de caras, sino del ritmo trepándole por las piernas hasta la pelvis, las caderas del hombre apretadas contra las suyas. De todas formas, piensa Graciela más tarde, si no abro los ojos, puedo imaginarme que estoy haciéndolo con Fabián.

De su infancia, Elsa recuerda la panadería de los polacos, la vista hacia Plaza Irlanda, el vitral, la escalera del sótano que descendía hacia la penumbra, y allí su padre, la batidora del tiempo, las risas, los «no te preocupes, Elsita, yo te voy a querer siempre, mamá se ocupa de tu hermana y yo de vos, nos parecemos tanto que siempre voy a estar a tu lado, no te preocupes». Y la batidora a toda velocidad licuando el tiempo, ella sentada detrás de su padre en el banco, como en una moto, él rompiendo el aire con el *brrrrr* persistente como la hélice de un avión, ella abrazada a su cintura protectora, tan cálida. Luego, cuando lo besaba, el envolvente aroma de la espuma de afeitar.

Lo otro que recuerda es que, una tarde, junto a la puerta de entrada de la casa, encontró un gorrión. No era un pájaro grande sino un polluelo caído del árbol, abatido sin duda por el viento y la última lluvia en Buenos Aires. Un pajarito despeluchado y minúsculo, con plumas como pelos, ojos saltones, huesos de cristal, boca amarilla y menesterosa casi más grande que el cuerpo, un pico en el que cabía todo, las gotas de agua con azúcar, las miguitas de pan, la mosca que Elsa cazó y convirtió en puré. El pichón vivió poco, lo suficiente para que Elsa se lo mostrara a su hermanita y le dijera, muy despacio, para que no la oyera mamá:

–Lo quiero más que a nada en el mundo.

La niña la miró con sus ojos penetrantes de pájaro. Luego, en el tono más alto que pudo, lanzó un aullido lastimero que guillotiné la tarde. Había entendido perfectamente bien lo que Elsa estaba diciéndole, y la madre, furiosa, le dio a Elsa la única cachetada de su vida, le dejó la mejilla latiéndole, parece mentira, grandota, metiéndote con tu hermanita, no se puede contar con vos.

Me la vas a pagar, pensó Elsa acariciándose la cara, me la vas a pagar.

Y ahí se corta el recuerdo. No es capaz de recuperar ni el día del accidente, ni la ambulancia, ni el entierro, ni el cambio de la disposición de los muebles en el cuarto de su hermana que, poco a poco, fue convirtiéndose en suyo.

Graciela supo por Fabián que él y Elsa habían cortado, y supo también que Elsa se había ido a vivir a España para no regresar.

–Casi no tenemos contacto –le contó Fabián una tarde en la que se encontraron en el bar de la facultad, y esa misma noche quedaron para ir al cine.

Por el camino de las confidencias empezaron a encontrarse los fines de semana. Si quería verlo, Graciela tenía que pasar por la prueba de escucharlo hablar de Elsa, describir los pormenores de esa vida en pareja, verlo incluso llorar. A veces se sentía espiando por el ojo de la cerradura una escena que la atraía y repelía a la vez. A veces, simplemente, se dejaba llevar por la compasión. Era doloroso sentir que él se estaba enamorando de ella a través de sus recuerdos, que en realidad era la ausencia de Elsa la que los estaba acercando. La amaba a ella ahora porque amaba las palabras que salían de su propia boca, el recuerdo que eran capaces de dibujar, las imágenes que evocaban, y ese amor, fantasmal y diferido, los iría uniendo poco a poco.

No fue sencillo, piensa ahora, después de tantos años con Fabián. Recuerda como, al poco tiempo de salir juntos, quedó embarazada. Fabián no quiso tener ese hijo, y ella lo aceptó. Recuerda los silencios y las reticencias, recuerda las veces en las que él confundió su nombre con el de Elsa, recuerda, por fin, la humillación de saberse segundona, la menos amada, la mujer que se tiene al lado por descarte.

Qué es la verdad, después de toda una vida juntos, se pregunta ahora. ¿Los sueños o la rutina? ¿Las fantasías o los hechos? Pela manzanas verdes

para una tarta, las corta en medias lunas pálidas; le gusta el tacto árido y dulzón, la consistencia quebradiza de arena prensada. A Fabián le encanta esa tarta y, desde que ella se jubiló, le gusta esperarlo con la comida hecha. Debería jubilarse él también, piensa Graciela, debería jubilarse y disfrutaríamos de los años que le quedan. Y cuando dice «de los años que le quedan» se da cuenta del miedo que tiene a la muerte de Fabián después del ataque del que salió milagrosamente ileso, tiene pesadillas en las que lo ve en un ataúd. Casi sin sentirlo, ha dejado atrás los proyectos, los años agitados, es curioso que esta vida convencional la atraiga tanto. Ya no le duele siquiera no haber tenido hijos, solo desea vivir con Fabián, seguir unida a él por ese amor paciente. Espolvorea la fruta con canela, y el aroma invade la cocina. Primavera en Buenos Aires: calor pegajoso, chaparrones súbitos, olor a plantas. Qué bonito se pone el barrio en esta época. Se mira en el cristal de la ventana, se peina con los dedos. El pelo, antes tan rojo, tiene ahora un color de fruta pálida. Le gusta. No le molestan los primeros signos de la vejez, es mucho más feliz ahora, piensa, mientras desde el horno emerge el olor de la azúcar quemada. Se saca el delantal y se asoma a la ventana, esperando que Fabián doble la esquina y la salude agitando una mano, como siempre.

En el aire, allá a lo lejos, como un lunar de sangre, flota y se bambolea un globo rojo.

Cuando su padre la encontró intentando ponerse los zapatos de lunares rojos de su hermanita no hizo comentario alguno, ni siquiera al ver que había cedido las costuras en los talones en el afán por calzárselos. Le acarició la cabeza como con pena, luego la tomó de la mano y la llevó al sótano, la estudió ladeando la cabeza y sin decirle nada, por fin le regaló su máquina del tiempo.

–Si alguna vez te hago falta, ya sabés lo que hay que hacer, le das la vuelta a la manivela y vendré a visitarte. Saldré del agujero negro.

Elsa escondió el artilugio entre su ropa y, cuando murió su padre, intentó hacerlo funcionar, batir las horas para atraerlo, giró y giró la manivela hasta que le dolieron las manos, volvió al sótano y se sentó sola en el banco, recuperó en la penumbra quieta el aroma de la crema de afeitar. Pero eso fue todo. Mucho más tarde comprendió que su padre sabía que estaba enfermo y que la tendría que dejar, el juego infantil era su forma de pedirle perdón por esa vida tan frágil. Por fin, en algún traslado, Elsa perdió la batidora y dejó

ese recuerdo de muerte aparcado, como tantos otros.

Por eso es tan extraño que vuelva el poema, piensa, por eso es tan raro que haya conseguido esta casa. «Era del año la estación florida». Asomada al balcón, mientras estudia los senderos de grava de la plaza, los columpios y las pequeñas mesas donde juegan los ancianos al dominó, siente que ha hecho bien en regresar. La casa, su antigua casa, está ahora dividida en varios apartamentos que se alquilan a turistas, los cristales del vitral se han ido rompiendo y fueron reemplazados, en su mayoría, por otros incoloros, está cegada la puerta que daba al sótano. También ha quedado del otro lado de la pared su estudio, la habitación de los padres y el baño grande. Aquello le trae un poco de melancolía, pero a la vez le parece más fácil de contener, una casa demasiado grande, se dice, demasiado llena de secretos. El balcón es el mismo, y el jacarandá, más alto aún, revienta de brotes violeta. Fabián, Fabián, Fabián. Ha soñado con él demasiadas veces en el último tiempo y eran escenas sensuales, le ha escrito a su trabajo y él le ha contestado con una carta muy cariñosa en la que le dice que le encantaría verla: «Me encantaría verte, Elsa, y saber qué pasó durante todos estos años, tenemos mucho de qué conversar». Luego juntó valor para llamarlo por teléfono a su trabajo y empezaron a hablar atolondrados, superponiendo frases, como adolescentes. Por fin quedaron en encontrarse hoy. Sí, cerrar los capítulos, escribir un epílogo de a dos. Qué tentación volver a comenzar la historia en el punto en el que la dejaron. Han quedado allí, en la casa, es un lugar discreto. Dentro de un rato lo verá acercarse y tocar el timbre, como cuando eran jóvenes.

La niña corre detrás de la paloma. Esa mañana ha logrado que su madre le ponga los zapatos de baile, zapatos rojos con lunares que adora y que no son para jugar en la plaza. Ha logrado también el vestidito y las medias rojas, ha logrado, por fin, lo más importante: que su hermana la mire con envidia. Además tiene que vigilarla, y eso la convierte en su esclava. La madre está en la cocina y grita:

—¡Elsa, cuida a tu hermanita desde la ventana, va a bajar a la plaza! No la pierdas de vista, ¿eh, Elsa?, ¿me oíste bien?

Debajo de la cama, Elsa ha escondido la caja con el gorrión, si su madre lo encuentra le dirá que tire inmediatamente ese bicho asqueroso. Su madre odia los pájaros, tienen ojitos malvados, dice. Ojitos malvados.

Se asoma al balcón y mira cómo su hermana corre por los senderos de

grava, atraviesa la zona de los viejos jugando al dominó, con el globo rojo apareciendo y desapareciendo entre las copas de los árboles. Está harta de cuidar a esa pulga. La odia. Desde que nació, todo es para ella: Elsa, mirá a tu hermanita, Elsa, dale de comer, Elsa, hacele la cama, Elsa, ¡Elsa! Su hermana sale del campo visual y Elsa, aburrida, deja un momento la ventana para mirar el pichón. Está por regresar a su puesto de vigía cuando de pronto piensa: que se joda. Y se regodea con la palabra: que-se-jo-da. Ella, y sus malditos zapatos moteados. Que se joda también su madre. Que la cuide ella. El pichón casi no se mueve, tal vez le hizo mal la mosca, tal vez necesita más agua. Con su pico feo y amarillo boquea, no abre los ojos, los párpados son membranas blanquecinas. Pobre gorrión, piensa Elsa, va a tener que buscar dónde enterrarlo. Oye un frenazo, gritos. En la calle, sobre el empedrado, las huellas sanguinolentas de un coche, gente que corre, se reúne y, en medio del tumulto, los zapatos moteados en posición extraña. Levanta la vista al cielo y ve cómo el globo rojo flota, bamboleándose en el aire.

La batidora del tiempo, la máquina de su padre, ella, de niña, asida a su cintura, apretada contra su espalda. ¿Dónde la habrá metido? Le haría falta tenerla ahora, piensa, mientras espera a Fabián. Las cosas han salido tremendamente bien. Ha viajado sola, todo parece organizado a posta. Ahora la cama bien hecha. La mañana en la peluquería. El perfume. El mismo perfume que le gustaba a Fabián. Podría decirle que le puso su nombre a su hijo y, mientras lo piensa, fantasea con la idea de haber tenido ese hijo juntos. Podría decirle tantas cosas, mezcla de verdades y engaños. Por ejemplo, que ese matrimonio con un protésico dental la aburre, que podrían ser amantes. Amantes. ¿Por qué no? Paladea la palabra. Sin escenas teatrales, sin crisis. Ni siquiera hace falta airear la pasión. ¿Para qué, a estas alturas? ¿Para qué lastimar a nadie? Se trata de aceptar lo que hay: dos realidades, dos mundos, dos amores, dos estaciones, dos países. Perfecto. A su suegro le hubiera divertido la historia. Se imagina contándosela, borrando juntos ese reborde de culpa que todavía siente. Qué disparate. Y Elsa sonríe pensando en este amor otoñal tan de película, las pequeñas mentiras que tendrá que urdir, la vergüenza al desnudarse, el sexo pudoroso y lento, por supuesto que a media luz, los buenos vinos que podrán tomar juntos en la cama mientras oyen a los Beatles, por ejemplo, y recuerdan los años de la facultad, o leen poemas de Dylan Thomas. Y Góngora, el persistente Góngora, con su estación florida. La

madurez es la estación florida, piensa, el momento en el que todo cuadra y se puede cumplir, hasta los sueños más negados. Por primera vez en años se siente esperanzada, joven, primariamente feliz.

El hombre que está sentado en el banco de la plaza tiene una cita con su primera novia y espera que llegue la hora. Está muy ansioso y debe llamar a casa e inventar alguna excusa, aunque sabe que su mujer no pondrá problemas, nunca lo hace, como mucho se enfriará la comida y ella sabrá perdonar. Su mujer siempre comprende, es lo mejor que tiene, pero también lo más cansino, son aburridas las mujeres que siempre comprenden. Siente una punzada de culpa y la aleja, no es oportuno pensar en ella. Ha aceptado ver a Elsa con deseo auténtico, con premura, y también con miedo, porque esta vida que tiene hoy, esta frágil vida craquelada, puede quebrarse por sus propias fisuras. Respira agitado, descansa. Se trata de vivir hoy, de disfrutar el presente. Es una preciosa mañana de primavera temprana, los brotes de los árboles tienen un verde pálido que conmueve, parecen más oscuros los troncos de los árboles y las palomas se arrullan persiguiéndose, vuelan hacia una ancianita que les tira pan. Como está nervioso, ha llegado pronto. Tiene que serenarse, no quiere que ella lo note. Va vestido con ropa de *sport*, como se vestía entonces, en el fondo nada ha cambiado tanto. Ni siquiera ha perdido el pelo, se dice con orgullo, aunque tiene canas le quedan bien, se mantiene delgado, está seguro del atractivo de sus ojos. ¿Cómo será volver a empezar? Le gustan los ritos: él fue abandonado, ella es quien tiene que recuperarlo. Ella es quien se fue, tiene que ser ella quien venga hacia él. Qué placer estar en sus manos. En realidad fue ella quien lo buscó. Recibió una carta, luego una llamada a su trabajo con nombre cambiado que lo hizo sentirse tremendamente joven. Tiene la misma voz, esa voz un poco añorada que le encanta. ¿Y si no la reconoce? Seguro que sí, no debe de haber cambiado tanto. Toda la mañana se ha sentido un poco mareado, y ahora intenta descansar, tranquilizarse. Se afloja el nudo de la corbata. Siente un dolor y, mientras cae, se toca el pecho. Lo humilla arrastrarse, el pantalón manchándose con tierra, está tan encogido que no puede gritar, se siente incapaz de alcanzar las pastillas. Es su segundo ataque, sabe que será el fin si no lo ayudan. A la altura de su cara, ve unos zapatos moteados, como de bailarina española, calcetines rojos, el ruedo de un vestidito rojo también. Una niña, con un globo, se acerca y lo estudia, de pronto se da la vuelta y empieza a perseguir una paloma, corre tras los pájaros

que, ante el gesto brusco, levantan vuelo. La niña se lanza tras ellos y deja escapar el globo que es lo último que el hombre ve, bamboleándose en el aire, antes de cerrar los ojos, antes de que se oiga el frenazo, antes de que se produzca el choque, antes de que las sirenas comiencen a sonar.

LA ESCRITURA

*Para Javier Sáez de Ibarra,
por una charla frente a un café*

La olla exprés está empezando a pitar cuando llaman a la puerta. Abro y aparece una muchacha de aspecto oriental, sin que medie palabra se sienta en mi cocina. Huelen los garbanzos, las gemelas tienen que estar saliendo del instituto. Mientras intento organizar mi agenda, quito el seguro de la olla, la cocina se llena de un cañonazo de vapor que sobresalta a Lyuba. Porque esa chica se llama Lyuba, lo sé, aunque no siempre es tan claro el nombre de un personaje. Lyuba se acerca con prevención a la olla, comprendo que en su mundo no existen las ollas exprés. Cuando sirvo los garbanzos se pone a devorarlos con las manos, como si fuera un animalillo: dientes curiosos, manos finísimas, pechos de aceituna. Esta noche, después de clase, tengo que presentar la novela de un amigo, mentalmente repaso la intervención. Llegan mis hijas con su bullicio apaciguante, cotidiano, a dúo quieren contarme algo, por suerte Lyuba solo existe para mí y parece discreta. Recuerdo la época en la que conviví con un suicida que arrastraba la soga para ahorcarse. Y el noble ruso, que hedía a foca, o aquel soldado nazi, que buscaba víctimas hasta dentro de la lavadora. Ahora es Lyuba, solo Lyuba. Mientras hago como que escucho siento la necesidad de escribir, y esa pulsión me hace sentir culpable. En estereofonía, las niñas empiezan a pelearse. Lyuba las estudia, entre mordaz y coqueta, sonrío. Aprovecha que las gemelas se levantan de la mesa, se acerca y susurra: «Me violó mi padre». La frase suena como una bomba. Vuelve a sentarse, como si la información se refiriera, por ejemplo, al parte meteorológico. Podría haber dicho «busco novio» o «no sé qué estudiar», o «quiero hacer *puenting*», la confidencia da el pistoletazo de partida a una historia tremenda. Llevo a las gemelas al polideportivo. Debería pasar por la peluquería aunque, si me recojo el pelo, no quedaré mal del todo y tendré toda la siesta para escribir, también tengo que visitar a mi padre, que está enfermo. De la confidencia de Lyuba me extraña, no la historia con su padre, sino que me haya hablado en francés. Lyuba es una nenet, de ese pueblo nómada que habita cerca del Ártico, cuyo idioma desconozco. Navego por Internet y encuentro sus costumbres: pastores de renos, tiendas con estufa central, trajes de piel. Están sentados sobre la mayor reserva de gas de planeta, por lo que

los rusos pretenden diezmarlos. Recuerdo una novela sobre esquimales. ¿Cómo se llamaba? *El país de las sombras largas*. Sí. Debería releerla. Encuentro una serie de datos etnográficos que no me interesan. Es una desgracia vivir sobre un tesoro, pienso. Apunto la idea para que no se escape. «La desgracia de lo bueno». Me gusta durante un rato, después deja de interesarme, es una chorrada, ya la desarrolló Truman Capote, en *Plegarias atendidas*. Wikipedia: «Los nenet, durante el invierno, suben hasta el Círculo Polar en busca de líquenes para sus renos». Me duele la cabeza, llama mi madre, dice que mi padre está mal. Vuelvo a la cocina. Lyuba sigue allí y ahora la puedo estudiar. Es rara, pero muy bella. Pelo negro sobre la espalda, cuello largo, miembros potentes. Abre las piernas. No lleva bragas, y veo el matorral de su sexo, que huele a líquenes. Espera para ver cómo reacciono, pero no caigo en su provocación, simplemente me quedo frente a ella, que ahora ha juntado las rodillas y mira en actitud indefensa. Me encierro en el estudio, escribo. Borro. ¿Qué edad tendrá Lyuba? Es difícil calcular la edad de la gente que tiene aspecto oriental. Me pregunto si el comentario es racista. Tengo que investigar sobre las emociones de las niñas violadas. Teléfono: me ofrecen no sé qué, una mujer habla, pero no le entiendo, tal vez tenga un fondo francés, o esquimal. Debo de haberle contestado de forma brusca, porque cuelga enfadada. Otra vez mi madre, ahora parece muy nerviosa. Le digo que no, que esta noche es imposible que me acerque, que mañana temprano, sin falta. Siento el impulso de hablar con mi amiga Pilar, que acaba de adoptar a una niña esquimal, pero lo dejo para más tarde, además tal vez le molesten mis intromisiones. Corro a buscar a las gemelas al polideportivo, de paso haré la compra. ¿Y si me acerco a la peluquería? Con el resto de los garbanzos puedo hacer un humus para mis suegros, me queda muy bien. Por suerte las gemelas son niñas, si hubieran sido varones, a alguno le hubiera caído el nombre de mi suegro, Fermín. Quiero mucho a mi suegro, a veces pienso que me casé con su hijo para estar cerca de él. Qué disparate. ¿Y qué hago con lo de mi padre? Maquillarme: en la presentación habrá prensa y salgo con cara de vampiro. Atardece, hace frío. Mientras conduzco por la autopista pienso que lo mejor que me podría pasar sería encontrarme en medio de un atasco, aislada durante horas, pero el tránsito fluye en la tarde gris. Las gemelas están agotadas. Renuncio a la peluquería y a la compra. Solo me queda dejarlas en casa, recoger los libros, cambiarme para la presentación, dar mi clase. Le pongo un mensajito a mi marido, le pido que prepare la cena. Él me manda un sms

cariñoso, que no contesto. Vuelvo a sentirme culpable. Cuando dejo a las gemelas en el aparcamiento me espera Lyuba, con una maleta enorme, la sube a empujones y no hablamos durante el trayecto, puedo concentrarme en preparar mi clase. De pronto, con una vocecita monótona, me cuenta una historia de frío y vejaciones. Habla de un mamut escondido en el hielo, dice que ha sido adoptada, que piensa viajar. Dice también que consiguió algo en Normandía. ¿En Normandía?, le pregunto extrañada. Sí, dice, y comienza a hablar sin continencia alguna. La cabeza me estalla. Si fuera medianamente sensata, tendría que detener el coche en la primera esquina y bajar a Lyuba de un empujón. Tendría que abandonarla en medio de cualquier carretera, tendría, por lo menos, que pedirle que deje de hablar. Pero no lo hago, su historia inconexa me fascina. Mierda, llego tarde y me he dejado los apuntes. Lyuba se sienta al fondo de la clase, agradezco su cortesía y su silencio, con ternura pienso que debería encontrar a alguien que la quisiera de verdad, una familia, un novio. Le deseo tardes hermosas tendida al sol, en alguna playa de Normandía. Esbozo las hipótesis, pero todas me parecen terriblemente sensibleras, tacho lo que he apuntado en mi cuaderno. Llego a la presentación tarde, los fotógrafos ya se están cebando con el autor. Digo mis cuatro frases con poco entusiasmo, solo he cumplido con el expediente cuando hubiera querido ser muchísimo más enfática. Además, estoy fea. Tomo Coca-Cola. Lyuba, en cambio, parece haberse bebido todas las reservas de alcohol de la noche y ríe como un bucanero, parece empeñada en ligar con cualquiera que se le cruce. La arrastro a trompicones de la fiesta, bamboleándose la empujo dentro de un taxi mientras insulta a todos los que pasan. Saca del bolsillo una moneda extraña, me la muestra como si fuera un tesoro, es un dólar con un agujero, de esos que se cuelgan al cuello, luego la tira por la ventana. La moneda rebota, brilla en mitad de la noche y la recoge un chico muy guapo, con el cuerpo tatuado. Parece alemán, le sonrío a Lyuba, que intenta bajarse del coche, por suerte logro impedirselo. Por fin arrancamos, en el trayecto se calma, está más tranquila cuando llegamos a casa. Le limpio la cara como si fuera una criatura, la meto en la cama. Está desnuda, su cuerpo delgado es de una belleza que me hace temblar. Lyuba no parece consciente de sí misma, se desmadeja, la cubro con un edredón, le digo que se calme, que todo saldrá bien, me tiendo junto a ella, le doy mi calor. Entonces me escruta con sus ojillos de canica, estira sus brazos, en los que asoman las marcas de la violencia del padre, respira como un animal asustado, coloca mi mano sobre

sus pezones y, aunque intento desasirme, me sujeta con su fuerza tenaz, siento su hedor de nieve mientras clava en mi garganta sus dienteillos afilados. Resignada, extendiendo el cuello. La casa está en calma: todo el mundo duerme. Yo escribo.

ALBANIA

Para Julieta

–Todo el mundo necesita un enemigo, un enemigo que te mantenga despierto.

La frase ha saltado a la cabeza del muchacho que, medio dormido, estirado en el asiento del tren, se aferra a su mochila. Le han dicho que los albaneses trepan a los vagones y pueden robarle, todo tipo de leyendas recorren las vías. Tiembla un poco, sale de su pesadilla, se asoma y ve el cartel: Angoulême, por fin está en Francia.

Es una madrugada de verano. En la estación desierta, un guardagujas da la señal de entrada a un expreso de lujo. Por la ventanilla asoma una pelirroja, camiseta grande, uñas pintadas de rojo gominola. Se estira y toma conciencia de que el chico la está mirando, se cubre los hombros, pero luego, con una sonrisa provocativa, sostiene la mirada, entreabre los labios y pega los senos contra el cristal. Aunque parece un juego, el chico se ruboriza, nunca ha estado con una mujer y aquella es casi demasiado guapa. Se asoma él también pero, justo en ese momento, el vagón empieza a desplazarse. Antes de que el chico desaparezca, la pelirroja levanta la palma de su mano, como si quisiera acariciarlo.

Son las siete menos diez de la mañana, en la estación solo queda un viejo que, sentado en un banco de madera, acaricia a un perro. La pelirroja vuelve a cubrirse los hombros, está a punto de volver a su litera cuando oye roncar a su esposo. Es su luna de miel y su marido duerme. Desde hace días sabe que ha sido un error casarse, no tienen nada en común. Ahora, por ejemplo, le hubiera divertido cambiarse de tren, iniciar una aventura con el muchacho. Mira al viejo que, a su vez, la estudia, y al perro, arrastrando una pata seca sobre el andén. ¿Dónde estará el chico? Partió hacia el norte, ellos van hasta Venecia, su marido ha contratado otro hotel carísimo: hoteles carísimos, ropa de lujo, comida de diseño y charlas insípidas. Y hasta que la muerte nos separe. Se asoma al andén. Bajo sus deportivas, los raíles son senderos de plata. Huele a quemado, a aceite, a hierro, es el incitante aroma de los viajes. El guardagujas agita una bandera, las puertas van a cerrarse. Sin pensarlo, Kristina recoge su equipaje, lo lanza, salta al vacío. Antes de que el tren desaparezca, antes de

que su marido se dé cuenta de la ausencia, saca un billete en un regional, vuelve a asomarse por otra ventanilla, entre bufidos y quejas comienza a moverse el vagón, corre el perro para alcanzarla, la chica se asoma con un gesto ampuloso de despedida, agita una mano que corta el aire.

Poco más tarde, baja en cualquier estación y decide hacer autoestop. Es difícil negarse a una pelirroja, un tío pica inmediatamente y le abre la puerta de su Alfa Romeo. No está mal, aunque se parece un poco a su marido: ropa *sport* cara, coche *sport* caro, maleta *sport* cara; hay un intercambio de señales amables que rebaja la ansiedad. Acepta un pitillo, deja que lo encienda un mechero de oro con iniciales grabadas: C. M. ¿Carlo Macri? ¿Cósimo Mirandolini? Solo tienen en común que ella necesita un coche y él lo tiene, que ella se escapa de un marido y él, según está contando, va al encuentro de su mujer.

Carlo, Cósimo, o como demonios se llame, solo utiliza el pronombre «yo». Kristina se relaja, es cansadísimo ser simpática tanto tiempo, en pocos minutos está dormida. Cuando despierta, están aparcando.

—¿Génova?

—En Génova fue imposible despertarte, mi viaje termina aquí.

Luego la toma por el mentón y se queda mirándola fijamente a los ojos:

—Te gustará Rapallo, anda, baja, tengo que encontrarme con mi mujer. ¿Necesitas dinero? —y le planta la mano sobre el muslo.

Kristina mira la mano como si fuera una araña, él se sorprende un poco pero se encoge de hombros, se conecta al móvil.

Pese al mal comienzo, Rapallo resulta ser una ciudad encantadora. Sale a dar una vuelta por la bahía hasta perderse en las calles serpenteantes y estrechísimas, cuyos edificios parecen juntarse antes de llegar al cielo. En una plaza se sienta a tomar un café, las aceras de mármol emanan una frescura agradable. Por fin pasea por el barrio de pescadores, donde encuentra un hotelito sobre el mar.

Despierta tarde, cuando quiere ponerse los vaqueros, descubre que el hombre se ha llevado sus cosas. Es una idiota. ¿Cómo no se dio cuenta? No tiene nada que ponerse, además su esposo puede haber cancelado las tarjetas. Si es así, se quedará toda la vida como está para purgar sus pecados. En una tienda elige algo al azar, extiende la tarjeta y una música alegre la rubrica: oleada de gratitud. Si las cosas no marchan, todavía puede llamarlo. Sí, podría

llamarlo ahora mismo, pero se siente frágil, no está para soportar ataques de furia. En cambio escribe: «Estoy bien. Perdóname, si puedes».

Mientras pasea encuentra unas sandalias, un pantalón con cierta gracia, un bolso de color naranja grande y cómodo del que se enamora, un enorme pañuelo de seda negro. Se distrae recordando el tren, la mañana blanquecina, los ronquidos de su esposo, el rostro del muchacho que la observaba desde la ventanilla. Son solo unas vacaciones: tiene dinero, tarjetas, tiempo libre, es joven. ¿Por qué no continuar sola? Sube a la habitación para recoger lo poco que tiene. Abre la guía en cualquier lugar, con los ojos cerrados deja caer el dedo sobre el plano: Ancona.

En un escaparate se estudia: ¿esa es ella?, ¿ella la mujer que se mira en el reflejo?, ¿la que, sin paliativos, se acerca a los treinta? Entra en una peluquería.

–Lavado y corte. Cortísimo.

–¿No se arrepentirá?

Sale acariciándose las agujas del pelo. Ya en la estación, repite:

–Ancona.

El hecho de que empiece con «A» le gusta. Intenta pagar con la tarjeta pero el empleado, luego de frotarla varias veces se la devuelve, tal vez el sistema de lectura, dice, no se preocupe, aquí nada funciona bien. Paga en efectivo y se sienta a esperar. Es verano, por qué agobiarse, todo el mundo está perdiendo el tiempo, cuando termine volverá a Francia, se pondrá a buscar trabajo, de intérprete, de azafata. Buena idea: hablar idiomas y conocer gente nueva. Podría encontrar un trabajo, un hombre que le guste, formar una familia, sacar un crédito, comprarse una casa, tener un perro.

–Qué espanto.

Está a punto de llamar a su marido para contarle lo que le pasa, tiene que afrontarlo, si no es ahora, cuándo, tal vez sería mejor que lo llame mañana, seguro que sí. En la cafetería pregunta si hay algún lugar donde sentarse y el camarero le señala una esquina de la barra:

–Ahí, donde la albanesa.

Contra una pared alicatada hay una mujer intentando organizar sus bultos, el techo es tan alto que la hace parecer menuda. Se aferra a su bolso. Con la mano escondida como un ratón cuenta dinero, saca un sobre, estudia unos papeles, relee moviendo los labios, mira a Kristina, como pidiendo su aprobación. ¿Por qué le sonrío? Tal vez por placer, tal vez piensa que Kristina,

con su pañuelo negro y su bolso naranja, es como ella, una emigrante. Incómoda, sale al andén. Verano, se dice: palabra talismán. Sobre la ciudad ennegrecida, el cielo es de color turquesa.

En el tren siente frío, se cubre con el pañuelo de seda que, inmediatamente, empieza a flotar como una nube negra. Funcione o no su tarjeta, buscará un hotel sobre el mar.

A su lado se sienta un hombre joven y tatuado que le sonrío. Es muy alto, rubio, ve el cuerpo musculoso y se siente tentada a charlar. Mejor no; últimamente los hombres solo le han complicado la vida.

Poco a poco la ciudad se deslía, avanza entre un paisaje montañoso. Casitas con sus luces y un aire de juguete. Se sorprende mirando los jardines con hambre de vida doméstica. Por el pasillo un niño corretea. ¿Le gustaría tener un hijo? Encerrado entre montañas, el tren baja la marcha. La madre la mira con una interrogación en los ojos, luego llama a su hijo. Alguien dice, a su lado:

–Me gustaría tener un hijo como ese.

Es el hombretón tatuado. Kristina le sonrío y él conversa como si la conociera, le muestra una foto de su novia, le cuenta que va a encontrarse con ella en la playa, en Normandía...

–Pero vas hacia el sur...

–Ahora está de exámenes, la espero, viajo, y junto coraje para pedirle que se case conmigo.

Esa sinceridad le gusta, por qué no habrá conseguido un hombre como ese, simplemente enamorado. Siente envidia de la chica de la foto, de su suerte.

–¿Cómo se lo pido?

En mitad de la nada, el tren se detiene. Los pasajeros se asoman a la vía, en la noche silenciosa flota un intenso olor a pino. Alguien dice que la máquina atropelló algo, probablemente un animal grande. Afuera corren luces iluminando ráfagas verdes, oye gritar al revisor, dos personas vestidas de blanco cuchichean. De pronto un ¡aquí!, ¡de prisa!, resuena tras los cristales, una sirena perfora el campo, aulla un perro. Nadie comenta nada cuando el tren vuelve a ponerse en movimiento. Kristina regresa hacia el bálsamo de la conversación:

–¿Que cómo se lo pides? No sé, deja que actúe el azar...

–Buena idea, repite el chico. El azar.

–¿Qué llevas tatuado?

–Solo dice una y otra vez, *wie alt?* ¿Te gusta? Un homenaje a mi abuela, casi muere en Mauthausen... Y el chico sacó otra fotografía, en la que sonreía una anciana de grandes ojos oscuros. Es española, ¿sabes? Dice que la salvó ver una lágrima de piedad en los ojos de un desconocido. Qué cosa, ¿no? Solo un poco de piedad. Dos abuelos españoles, dos abuelos polacos, y nací en Buenos Aires: soy una casualidad genética.

El chico se enrolla en una historia complicadísima sobre su abuela y el tren, luego algo de un guardagujas que llora, enreda el relato con unos panaderos polacos, mis abuelos, dice, son historias tristes, así que Kristina desconecta, está cansada. Un rato más tarde, el joven también parece haber perdido el interés y mira por la ventanilla.

El paisaje describe una curva de ballesta, chirrían las ruedas, avanzan tan cerca del agua que parece que el mar anegará los vagones. Es un mar de verano, inocente. Se queda unos instantes con los ojos cerrados, cuando los abre todo parece haber vuelto a la normalidad, ya no está el muchacho de los tatuajes y, junto al niño dormido, la madre dormita también. Rodeado por acantilados, el mar lame los pies de Ancona, todo es agua, y la enorme mole de los cruceros, los punteros de los mástiles, los yates.

Camina de prisa por la estación en busca de un taxi, evita indigentes, un cachorro albino se le acerca trotando. Le acaricia la cabeza, el tacto cálido le hace recordar con nostalgia la mañana en la que saltó del tren, el chico, el perro, el viejo. Es muy tarde. Algunos coches bajan la marcha al ver a la pelirroja, un taxi se detiene. El conductor parece árabe y no le inspira confianza, pero tiene sobre el salpicadero la foto de sus hijos y eso la calma. Se da la vuelta para observarla:

–¿Dónde la llevo?

–A un buen hotel.

–Vamos a Sirolo, sí, a Sirolo. Allí hay gente como usted.

–¿Cuánto tardaremos?

–Ni más ni menos que lo necesario.

Abrazada a su bolso naranja intenta relajarse. El conductor tiene nuca de toro, remolinos de pelo hirsuto. Aunque al principio le pareció árabe es, evidentemente, un italiano del sur.

Van dejando atrás la ciudad, adentrándose en una zona oscura, comienzan

a girar en curvas cada vez más cerradas, la noche es tan densa que parece que alguien la hubiese tachado. Por fin asoma un resplandor desvaído que va concretándose y, aureoladas de claridad, las primeras edificaciones de un pueblo delicioso.

–Sirolo –dice el taxista–. ¿A que le gusta? –y vuelve a darse la vuelta para mirarle las piernas–. Oh, no he puesto en marcha el taxímetro... ¿Cuánto le cobro?, ¿eh, *signorina*?, ¿cuánto le cobro?

Lo de siempre: gente del sur.

–¿Sabe qué le digo? Que no le cobro la carrera, al fin y al cabo no ha hecho más que acercarme a casa. Mire, allí abajo, ahí está mi mujer esperándome con la cena.

Kristina elige la habitación más cara, hace planchar su vestido, baja a cenar al jardín que cuelga sobre los acantilados; casas lujosas rodeadas de árboles penden en la oscuridad. Es tarde, las hortensias cabecean en tiestos de terracota, brillan las hojas recién regadas. Pide un vino caro, ensalada de mar y ravioli rellenos de marisco con salsa de pulpitos. Detrás de las hortensias descubre un hilo de humo y, adherido a él, hay un hombre que le sonríe. Es algo mayor, guapo como un galán antiguo, de grandes ojos previsibles. Se marcha antes que ella y la saluda con un movimiento de cabeza. Cuando va a pagar, el camarero le dice que el señor Tassi la ha invitado y le entrega su tarjeta. Se queda fumando en la terraza mientras el mar pliega y despliega su queja monocorde. Entre sábanas frescas, duerme como nunca.

La despierta un sol que cae como una moneda de oro sobre su almohada y alguien que golpea la puerta. La camarera entra con energía y le alcanza, junto con la bandeja del desayuno, una notita. Es del hombre de la noche anterior y le propone que cenén juntos. «En mi barco –dice, y añade– no soy peligroso, seré un buen anfitrión, todo el mundo me conoce».

En el hotel investiga un poco y todos le hablan de Tassi con respeto. Es el hijo del dueño de Zapatos Dórico, tiene negocios en la construcción, acciones y vaya uno a saber en cuántas cosas más, una familia de Ancona de toda la vida. Da un paseo por el bosque perdiéndose por senderos de tierra, disfrutando del verde oscuro de los árboles entre los que se asoma el mar. Baja a Ancona para comprarse ropa y la ciudad también le parece bonita. Encuentra unas sandalias doradas, un vestido muy escotado que nada del mundo le va a impedir que luzca esta noche.

Pasa la tarde en una cala milagrosamente desierta donde se baña desnuda, el pelo como una mancha de azafrán. Se tiende, descansa, se adormece de a ratos. Curiosamente recuerda al muchacho que vio hace mil años, en Angoulême. Lo imagina allí, junto a ella.

—El señor Tassi —anunció la voz de una secretaria—, el señor Leonardo Tassi dice que a las ocho pasará un taxi a recogerla.

Se miró en el espejo: las sandalias no eran demasiado cómodas, pero le hacían un porte espléndido: vestido ajustadísimo, pecho en bandeja, escote en la espalda viajando hasta el coxis. Tomó su pañuelo. Antes de la hora estaba en la puerta del hotel y llegaba el mismo taxi que la había traído a Sirolo.

—El *signore* Tassi me ha pedido que la cuide como a un tesoro, dijo, con esas mismas palabras. Ya verá qué barco...

El *Dórico* era un yate arrogante que reflejaba en el agua cientos de destellos de colores, tuvo que dar su nombre y esperó mientras el responsable de la seguridad la buscaba en la lista. En lo alto de la escalerilla, fumando entre toses, había una jovencita feúcha que ya tenía una borrachera respetable. Bajaba dando tumbos, Kristina casi tuvo que sujetarla pero, en lugar de agradecerse, retiró el brazo frotándose como si la hubiera picado una avispa. Luego se levantó el vestido hasta la cintura y se dejó caer sobre el muelle con las piernas a lo buda. Desde allí lanzó al aire una sonrisa ingenua y estudió a Kristina.

—Bonitas sandalias, muy bonitas, mejores que las que fabrica mi padre.

Y murmuró:

—Te aviso, aquí todo es de muy mal gusto. Hasta mi nombre. Mira nuestro yate, ¡se llama como una fábrica de zapatos!

Se puso de pie, trastabilló, con una solemnidad casi cómica estiró la mano:

—Soy Mimí Tassi, de profesión, lectora, hija de rico y, desde esta noche, borracha. Solamente alcohol, no como esos de ahí arriba, que se esnifan hasta las aceitunas.

—¡Mimí! —gritó una voz con acento extranjero—. ¿Qué haces en el muelle? ¡Regresa inmediatamente!

—Es la ex de mi padre. Oye, Escotazo, bonito vestido.

Inmerso en el decorado de una película antigua, Tassi la estaba esperando en lo alto de la escalerilla. Kristina se dejó besar la mano y

presentar a una serie de hombres maduros que la miraron con hambre, se dejó clavar besos como alfileres por una serie de mujeres que debían de haber compartido cama con el señor Tassi, se dejó llenar la copa tantas veces que, una hora más tarde, no se sostenía sobre sus sandalias. Casi amanecía cuando los invitados, como libélulas, comenzaron a evaporarse. Entonces el señor Tassi la cazó por la cintura:

–Te quedas, ¿verdad?

Era inútil que la tuteara, a ella le resultaba imposible bajarse del «señor» que ese hombre parecía tener grabado en la frente. Y cómo decirle que no, si las sandalias la estaban matando, además, con esa cantidad de alcohol en vena era incapaz de llegar a ninguna parte. Casi era de día cuando volvió a ver sus sandalias flotando en torno al torso bronceado del señor Tassi. Con una maestría digna de aplauso, el señor Tassi le había hecho el amor: cada poro, cada pliegue, cada papila, una ceremonia largamente practicada. Luego habían compartido un pitillo mirando los dibujos del techo. Y, cuando el sol despuntaba sobre el mar, se habían dormido, dándose la espalda.

–¡Escotazo!, ¿qué haces envuelta en una sábana? Afuera está todo el mundo. ¿Vienes a desayunar? ¿No tienes ropa? Tranquila, chica, si hay algo que sobra en este barco es ropa de mujer.

La carita de Mimí asoma por el ojo de buoy. Pero no es la Mimí de la noche, sino una casi niña que ha perdido la fealdad y la tontería. Lleva el pelo chorreando y un bañador que parece antiguo. Se abraza a sí misma, tiene la piel de gallina.

–He decidido regenerarme: ya no bebo. Por cierto, Escotazo, buen culo, parece tuyo. La ex de papá lo tiene operado... la han reemplazado pieza por pieza, creo que ya no existe.

Lo dice con un tono de mujer experimentada, inmediatamente se mordisquea las uñas.

–Anda, Mimí, sé buena, muero por un café, quiero irme.

–Hasta la noche no llegaremos, y eso si a papá no le da por detenerse cada dos por tres para estrenar su lancha. ¿Has visto la lancha? ¿Un café o un martini?

–Dile a tu padre que me pida un taxi...

–Hace horas que zarpamos, pensé que conocías a papá.

–No he traído nada...

–Nunca nos controlan. Corfú es un coñazo, pero divino, podemos ir de compras. Si prometes salir conmigo te traigo café. Piénsalo, Escotazo, no es mal negocio: sola en este barco estás perdida.

En la cubierta, acariciadas por un vientecillo agradable, había varias parejas tomando el sol, Tassi charlaba animadamente con una mujer sinuosa como la novia de Roger Rabbit. Cada tanto la besaba en los labios y ella se dejaba hacer, con el gesto de quien no quiere que le estropeen el maquillaje. Se repartían martinis y todos parecían lanzados a la apasionante tarea de pescar aceitunas dentro de sus copas.

En cuanto el señor Tassi la vio se colgó una sonrisa llena de dientes.

–¿Cómo has dormido? ¿Te ha molestado Mimí? ¿Has visto qué buen día? ¿Quieres beber algo?

Mientras le acercaba la mejilla, la morena Roger Rabbit pasó revista a sus tetas, pareció reconocer la desventaja, volvió a darle la espalda. Los pocos que habían sobrevivido a la fiesta no parecían en buenas condiciones y, tras sus gafas oscuras, se paseaban por la cubierta; el señor Tassi salió a estrenar su lancha, pero no le propuso acompañarlo, así que se quedó sola con «todo el mundo». Se comían ensaladas, canapés y sandía remojada en alcohol, en muchísimo alcohol.

El resto de la tarde transcurrió monótono, como el mar. Fuera de la cama, Tassi resultaba visceralmente soso y Mimí estaba leyendo algo larguísimo. Cuando intentó acercarse a la niña, esta le lanzó una mirada altanera que la dejó tiesa. Luego pareció arrepentirse.

–Anda, Escotazo, sé buena, diviértete sola un rato.

–No iré contigo a hacer compras...

–¿Y te vas a pasar una semana con ese vestido? Piensa por un momento en las sandalias doradas... Sé buena chica, termino este capítulo y me ocupo de ti.

Casi de noche llegaron a Corfú. En el puerto, aparcado entre yates enormes, se veían los faros de un coche que los acercó hasta una mansión en un lugar agreste de la isla. Kristina decidió pasarlo bien, así que, cuando se sentaron a cenar en la terraza, fue amable con el resto de los invitados; luego emigraron hacia los sillones para hojear revistas. Mimí leía despatarrada en un sofá.

Fuera de la morena Roger Rabbit, que permanecía en la terraza sostenida por su copa, los demás se volatilizaron lanzando besos al aire, también el señor Tassi fue engullido por el pasillo alfombrado. Desde la terraza, la morena lo estudió divertida, saltaba a la vista que conocía mucho más de Tassi que lo que a Kristina le habría gustado reconocer y, sacudiendo la melena oscura se acercó a la balaustrada, miró el continente que se adivinaba en la otra orilla, murmuró:

–*Alvaní kakí...*

Mimí cerró el libro y levantó los ojos con un desprecio infinito. Luego fue a sentarse junto a Kristina:

–Siempre está con lo mismo, qué nos importa.

–¿Qué dice?

–¿No ves? Mira, justo enfrente, esas montañas y esa luz, una bahía más bonita que todo esto, el Jónico, Escotazo. El Jónico, el mar de Ulises, Nausícaa, el país de los feacios. Luego la estudió y bajó el tono:

–Ya veo, ni idea de qué te estoy hablando. ¿Qué tienes en esa cabeza, además de ese bonito pelo rojo? Bueno, quédate con el folleto turístico: playas de piedra redonda, montañas nevadas hasta en verano. Eso es lo que molesta a los griegos.

–¿Tu madrastra es griega?

–No y sí. Es decir, no es mi madrastra, a menos que mi padre se vuelva a casar con ella, cosa que hace cada tanto. Y sí, es griega. Por ella compramos esta casa, siempre ha llevado a mi padre de las narices.

Kristina se asomó a la terraza y vio las luces. Había sido un viaje tan enloquecido que ni siquiera sabía dónde estaba, Corfú le sonaba a veraneo, a Sissí, a «isla y vacaciones carísimas», en Grecia o en Italia. En la noche azul zafiro, brillaba el círculo perfecto de la luna. Alumbrada por la última luz se dibujaba, allá a lo lejos, la silueta de la costa.

–Es Albania –dijo Mimí, y metió su manita dentro de la de ella, se puso de puntillas, susurró a su oído–: esa tonta, cada vez que ve esta maravilla, repite lo mismo: «Albaneses malos». Mañana, antes de que despierten, cruzaremos a Saranda. Me lo prometiste, Escotazo, me lo prometiste. Aquí en Corfú no hay nada interesante que comprar. Mañana desayunaremos en Albania.

Era muy temprano cuando Mimí se asomó a su habitación.

–Voy de mayor. Tú ponte esto. Zapatos no encontré, te jodes, vas a tener que aguantarte las sandalias. Mira qué sombrerazo.

–Déjalo, prefiero mi pañuelo.

–Para lo que se nos antoje –y sacó un puñado de billetes–. Anda, enséñame a maquillarme.

Poco más tarde, mientras charlotteaban divertidas en el ferri, vieron asomarse, entre cientos de naranjos y olivos, la costa de Albania.

Saranda es una ciudad hermosa, en torno a una gran bahía, desde la que se ven pueblos colgados en la montaña. Fue zona de piratas, hoy es un entorno pacífico donde, en verano, hay más griegos que albaneses. Parece Europa hace cuarenta años, cuando la naturaleza era auténtica y no todo tenía aspecto de parque temático. Los hombres paseaban del brazo, detrás de ellos parloteaban las mujeres. Kristina, que esperaba algo exótico, los encontró parecidos a los habitantes de cualquier lugar del sur.

Desayunaron viendo pasar cruceros y transatlánticos, cada tanto una lancha italiana patrullaba la costa para evitar el trasiego de emigrantes ilegales. Algo inquieta, Kristina recordó que no llevaba documentación, ni siquiera dinero, pero qué importaba, mientras estuviera con la niña. Sentada a su lado, Mimí la estudiaba con arrobó.

Era media mañana, los turistas bebían al sol. Una mujer tiró un trapo al suelo y extendió manteles bordados. Más que gorda era maciza, piernas cortas, caderas amplias. Llevaba la cabeza cubierta por un pañuelo que le enmarcaba una sonrisa que se hizo más amplia cuando se acercó ofreciendo algo. Hablaba un batiburrillo de idiomas entre el que siempre encontraban alguna palabra afín, y estaba tan dispuesta a vender sus manteles que hacía esfuerzos denodados por comunicarse. A Kristina le gustó su entusiasmo, la energía que gastaba en su trabajo, pensó que, pronto, tal vez, ella misma tuviera que aguzar el ingenio para sobrevivir. La sacó de su ensimismamiento la voz aguda de Mimí:

–Qué pesada –dijo en alto, y le hizo un gesto desagradable con la mano.

Kristina se sobresaltó. La mujer ahora había sacado una bolsa con naranjas y se las ofrecía. Como no tenía con qué pagarle, intentó que se alejara con una sonrisa, pero Mimí cortó el acercamiento con otra frase brusca que hizo que la albanesa saltara hacia atrás. Apretó las naranjas contra el pecho, escupió al suelo y se dirigió hacia otra mesa.

–¿Qué le has dicho, Mimí?

–Mira, Escotazo, no soy una ONG, me cargan esas gitanas, si te distraes te roban –y sujetó su bolso con ostentosa desconfianza–. Hemos venido a pasarlo bien. Por cierto, podrías poner un poco más de empeño con mi padre, ¿no te apetecería convertirte en mi madrastra?

Como si hubiera dicho algo demasiado íntimo, cambió de tema, se escudó tras su máscara de mono sabio:

–¿Vamos a Butrinto? Templos, teatros, parece Grecia... no todo va a ser comprar y comprar, de tus zapatos nos ocuparemos más tarde.

Un olor fuerte a naranjas subió a sus espaldas. Con cara de pocos amigos, dos muchachos mordisqueaban la fruta; el mayor, fuerte y cetrino, jugaba con una navaja, el otro llevaba un violín y comenzó a tocar de manera irritante, parecía una contraseña. En el acto apareció un hombre vestido a la usanza de los campesinos, se sentó junto a la mujer, cuchichearon señalándolas sin disimulo, sacó una botella y comenzaron a beber del gollete. Kristina percibió que el ambiente se estaba cargando, se puso de pie sobre los tacones que ya le estaban comenzando a molestar, tiró de la niña:

–Vámonos.

Mientras se alejaban tuvo la sensación de que el violín sonaba más y más cerca.

Ya Kristina estaba absolutamente harta del paseo cuando llegaron a Butrinto, no tanto por Mimí, que caminaba a su lado explicándole cuanta ruina encontraban, sino más bien porque las sandalias le estaban destrozando los pies.

–Ya iremos de compras, estás pisando mosaicos bizantinos, Escotazo, todo es veneciano, o romano, o griego. Vamos a ver la laguna, un alucine la laguna, en taxi, si quieres, y no te quejes tanto, enseguida nos regresamos a Saranda.

Había imaginado Albania como un territorio yermo pero, en la zona de Butrinto, la naturaleza exuberante las acompañó a lo largo del camino. Por fin, cuando comenzó a bajar la luz, Kristina se plantó:

–Mimí, estos tacones me están matando.

No solo estaba agotada sino también furiosa con su propia tontería. Dependía de la muchacha, que pendulaba entre una charla razonable y violentos ataques de hija de rico. ¿Cómo se había dejado arrastrar hasta Albania? Ahora Mimí la observaba despreciativamente.

A fuerza de sentarse y negarse a caminar, consiguió que tomaran uno de los últimos viajes de regreso a Saranda, llegaron cuando los bares estaban ya casi desiertos y los negocios a punto de cerrar.

–Suficiente, Mimí –casi gritó Kristina, sin poder contenerse–. Eres una malcriada, tengo los pies lastimados, no puedo andar. Ve, intenta conseguirme algún calzado, desaparece por un rato, ya no te aguanto, no me moveré más.

Y, dándole bruscamente la espalda, comenzó a frotarse las piernas doloridas.

Mimí le lanzó una mirada de odio y se alejó con pasitos tiesos de criatura. Todavía molesta, Kristina pidió un café y se dedicó a contemplar fijamente el mar hasta que se le pasara el enfado. Eso le pasaba por andar a la deriva. A sus espaldas, la mujer de la mañana estaba recogiendo y cantaba una canción rara; las telas, expandidas, semejaban mortajas. Le pareció que, en el horizonte borroso, se divisaban los rebordes luminosos de Corfú y se soñó en la mansión del señor Tassi. Sí, esa noche se iría a la cama con él. Pronto aparecería la niña con algún calzado cómodo, había sido un día muy largo y había perdido los estribos, ya estaba calmándose. Con su estela de velocidad, la lancha de vigilancia rompió el plato del agua. La sacó de su ensimismamiento una voz:

–Parece que amiga no viene. No viene.

–Llegará, tenemos que regresar con el próximo ferri. ¿Y tus hijos?

–No mis hijos, uno mi sobrino, el otro futuro yerno. Practican música, se casa mi hija.

La mujer tenía una voz sorprendentemente dulce, girándose le sonrió:

–Estarás contenta, ¿es la mayor?

–No mayor, más pequeña, yo muchos nietos ahora. Muchos hijos, muchos nietos, mucho trabajo pagar la boda. Vendo aquí, después Italia. Pobrecitos, albaneses.

–Ah, yo también regreso a Italia. Y Kristina visualizó su añorado bolso naranja, que seguiría descansando en el armario del hotel. Sintió que la buena noticia de la boda de algún modo la incluía:

–Ya ves, estoy esperando a mi amiga para tomar el ferri, no he traído nada, ni para pagar este café...

Recogían las sillas del bar y el camarero, con la cuenta, se acercó a Kristina.

–¿El ferri? –la mujer plegó el último mantel y se quedó mirándola,

mientras canturreaba.

Kristina le sonrió, si tenía la ocasión volvería a Saranda para comprarle esos bordados, pensó en darle unas monedas, luego recordó que no llevaba ni un centavo encima, se los pediría a Mimí. A sus espaldas, una voz fina pareció llamarla, sonriente se dio la vuelta, pero solo vio a un muchachito que corría alejándose.

—¿El ferri? ¿El ferri? —la mujer ya había recogido toda la mercancía—. Ah, pobrecita, mal tu pie, sandalias doradas malas. Pobrecita, tú, pobrecita. Tú perdida, me parece, ¿quieres hotel? —y la mujer, como si la conociera de toda la vida, se sentó a su lado, comenzó a acariciarla mientras le decía, como en un suave plañido—: ferri no podrá ser hoy, partió hace un cuarto de hora. Mañana, mañana.

Recuerda la tarde anterior como una auténtica pesadilla, recuerda cómo se puso a llorar abrazada a la mujer quien, súbitamente, se le había acercado, recuerda que se lanzó a esos brazos desconocidos hasta sentir su calor. Qué vergüenza. La mujer, como si aquella fuera su función en la vida, había comenzado a mecerla y a repetir «pobrecita». Kristina se había hundido en su seno cálido y oloroso, al primer «pobrecita» se sintió desgraciada, al segundo, tremendamente infantil, al tercero inerte, y conforme la albanesa iba acunándola y repitiendo «pobrecita», deseó deshacerse, morir, le vinieron a la memoria los errores de su vida, el tren de Angoulême esa mañana sin sentido, la cara del muchacho que ahora le parecía, extrañamente, la única oportunidad perdida en aquel viaje absurdo. Ahogándose de pena, a trompicones, intentó contarle todo a aquel pecho cálido, pero a la albanesa no solo no parecía importarle demasiado su relato, sino que había comenzado a canturrear y le acariciaba el pelo, la acunaba como si fuera su hija, le decía «ea, ea» secándole las lágrimas con el reborde de su blusa. Fue aquello lo que la desarmó. ¿Cuánto tiempo hacía que nadie la trataba así? ¿Cuánto que nadie la consolaba? ¿Cuánto que un cuerpo no se acercaba a ella sin pedirle nada a cambio? Cuando logró sobreponerse, comprendió que casi no podía caminar, cojeando se dejó arrastrar por la mujer y su sobrino que había surgido de la nada, la llevaron a la casa casi en volandas, la hicieron dejar las sandalias fuera, por fin la tendieron en el diván del salón.

—Tú, Pobrecita, aquí, tranquila —dijo la mujer. Y desapareció.

Durmió como si cayera en un pozo y se despertó perdida, dejó pasear la

mirada por las alfombras que cubrían todo, los tapizados de florones, las cerámicas de dibujos recargados. Le llegaba un ruido de platos y aroma a aceite de oliva. De pronto entró Mirvei y la miró sonriente.

–¿Mejor? ¿Dormido bien? Vamos, comer, tú con nosotros.

Y luego se tocó el amplio pecho:

–Yo Mirvei.

–Y yo Kristina.

–Sí, tú. Tú, Pobrecita.

En la casa vivían varias familias cuyos grupos Kristina fue incapaz de organizar, niños semivestidos que se asomaban mirándola sin discreción, manecitas pringosas que se acercaban para tocarle el pelo, adultos sonrientes que no parecían hacerle demasiado caso. En el centro de la mesa había arroz, una sopa grasienta, salchichas. Hubiera matado por un café pero, al fin y al cabo, se convenció de que aquello no era tan diferente a un desayuno inglés. Mientras le llenaba el plato, Mirvei repetía «yo Mirvei» tocándose el corazón, como si fuese trascendental que Kristina recordase su nombre. Un poco desconcertada se tocó también el corazón y repitió alternativamente «Mirvei» o «Kristina», aquello parecía alegrar a la mujer y a algunos niños que la señalaban riendo a carcajadas. El tobillo le dolía menos. Mirvei secaba ahora los mocos a un niño que pataleaba y que probablemente era uno de sus nietos, aunque también podría haber sido un hijo. Cada tanto le decía «come, come», y luego, «vivan tus ojos», y lo besuqueaba. Mientras el niño se retorció de placer, controlaba a Kristina, que estiraba tímidamente su plato, luego volvía a asegurarse de que comía mientras no cesaba de repetir, señalándola, «Pobrecita, Pobrecita», como si aquella fuese toda la explicación que necesitaba la familia para sentarla a su mesa. En una esquina había una vieja muy vieja, con grandes pendientes de oro. La miró con ojillos de canica, pero no dijo nada. Tan rápido como habían traído los platos levantaron la mesa, desaparecieron todos dejándolas solas en el salón. Al principio vagabundó estudiando los objetos. Luego, se sentó frente a la vieja y se mantuvo en silencio. Como si fuera una muñeca a cuerda, la mujer comenzó a balancearse, luego a gimotear mientras repetía una misma frase que Kristina fue incapaz de entender, pero estaba tan agotada que decidió sumirse en ese plañido como si fuese un mantra. Una hora más tarde reaparecía Mirvei, con el aspecto de haber limpiado toda la casa. Se sentó a su lado, secó los ojos de la vieja, le sonó la nariz y la cogió en brazos, como si fuera un ídolo pequeño.

–¿Por qué llora?

–Por la pérdida de Kosovo, todos los días un poco.

–¿Y qué dice?

–No sé, idioma muy antiguo. Hay muchos de estos viejos, mucho llanto así, uno en cada familia. Pero nosotras no vamos a Kosovo, mañana Italia. Así tiene que ser: cada uno con su oficio. ¿Bien? No tengo dinero, Pobrecita, barco sí, fácil. Todo el tiempo albaneses cruzan, manteles en tren hasta Ancona, bueno para turistas, ellos dicen bordado italiano pero es mi suegra quien los hace.

Y Mirvei lanzó una carcajada limpia.

–Eso sí: cuidado con la patrulla. Mira, vestido para boda, y le mostró un paño negro que en algún momento había estado bordando la vieja.

Luego desplegó algo que parecía una bata, con grandes florones antiguos, y le dijo:

–Tú mañana vestido albanesa mejor –luego, divertidísima, sacó de la bolsa unos zapatos, la tomó de las manos–: y zapatos. Libres tus pies, libre tu vida. Pobrecita, –insistió mientras la acariciaba–. Lindo tu pelo, muy rojo, lindo de verdad. Pero ¿sabes qué? Mejor pañuelo, que nadie lo vea.

Es todavía de noche cuando siente una mano que la sacude, salta del sueño y ve que, vestida de oscuro, tocada con un pañuelo, Mirvei susurra:

–Tú no miedo, Pobrecita, no miedo. Un poco de silencio, eso sí. Y ropa albanesa. Ayúdame con los bultos. El pañuelo, el pañuelo.

Se viste a trompicones, apenas si tiene tiempo para darse cuenta de lo que está pasando cuando Mirvei la carga con manteles bordados. Volverá a Albania. Volverá para encontrarse con ella y pagarle todo lo que está haciendo como si fuera lo más natural del mundo. Volverá a Albania, sí, pero ahora lo único que importa es llegar a Sirolo, a los tranquilizadores tiestos de hortensias, recuperará el bolso naranja, nunca hubiera soñado que terminaría así su luna de miel, disfrazada y en un bote, con un grupo clandestino de emigrantes. Queda poco, piensa, queda poco. Mirvei, cada vez más nerviosa, parlotea:

–Yo Ancona, Pobrecita, temporera, limpiadora, lo que sea, si no va bien con manteles en Ancona viajo a Milán. No seas perezosa, tú, zapatos nuevos. Corre, está el barco.

El aire fresco del final de la noche la golpea mientras sigue al grupo de

albaneses, ve que el jefe de la expedición se acerca a Mirvei y comienza a increparla. Aspecto simiesco, mandíbula dura, ojos codiciosos, brutales. No entiende lo que dicen, pero tiene mal aspecto, todo parece indicar que el jefe no quiere subirla a la barca. Sin pensarlo demasiado, Mirvei saca de su bolsillo un puñado de billetes y se los tiende al hombre.

–Pelo rojo, jefe tiene miedo. Yo doy dinero, ya me devolverás. Vamos, Pobrecita, muy mal carácter, hay que obedecer.

Y sonrío casi, como si se disculpara.

Antes de subir al barco, Kristina mira hacia atrás y ve la casa con sus tejas, piensa en la anciana de los pendientes de oro y la imagina taladrándola con sus ojillos, juzgándola porque le quita el dinero a Mirvei. Qué duro es todo, qué triste. Hace minutos que se han alejado de la costa cuando Mirvei, con una fuerza y brusquedad sorprendentes, pone la mano sobre su cabeza y la obliga a ocultarse.

Llegar a Ancona es la única idea con la que Kristina soporta el viaje, llegar a Ancona es su amuleto, su talismán, lo repite como si fuera una plegaria: llegar a Ancona, y el crujir de la madera, el olor, el mar peligroso. Para que no la vean, tiene que permanecer oculta, entre los pies de los presuntos pescadores cada vez que la lancha italiana controla el mar y el nerviosismo tensa las piernas de los hombres. El viaje no será largo, le ha dicho Mirvei, una orilla está muy cerca de la otra, todo es lo mismo en este lado del mundo, una lengua de agua, un batido de espuma, aquí nunca ha habido fronteras, solo policía. Las esperará un coche para llevarlas hasta el tren, hay que tener cuidado, mucho cuidado para que nadie les pida papeles.

–Sí –dice Kristina, sacudiendo la cabeza, porque tiene que mantener el silencio: llegar a Ancona.

De Ancona a Sirolo no hay demasiado, esta vez tendrá que hacerlo andando. Y recuerda al taxista que la llevó hasta el hotel, el yate del señor Tassi, la molicie que ahora le parece parte de otra vida. Llegar a Ancona. Cruza los dedos.

–Todo va a cambiar.

Mirvei se pone un dedo en los labios, la cara brillante de sudor, en los ojos asoma el miedo, pero no ha perdido la sonrisa, sonrisa de labios finos. Debe de haber hablado en alto, porque el jefe ha vuelto a regañar a Mirvei, le ha apretado el brazo con sus dedos de garra, ese hombre es brusco, zapatonos

sucios cerca de la cara de Mirvei, muy cerca. Estudia a Kristina con deseo, a veces la mira como si fuera a arrancarle la ropa, otras la trata como a alguien que se puede vender o arrojar por la borda. Para vengarse se dedica a molestar a Mirvei, le tira del pelo, le pellizca el brazo, hace como que la va a quemar con su cigarro. Pero Mirvei es lista, hace gestos de sumisión, luego, cuando el jefe no la ve, revolea con picardía los ojos para indicarle que tenga paciencia, ese hombre es un tonto, parece decir, un loco, no le hagas caso.

El sol asciende y calienta la barca, clava agujas en la espalda de las mujeres, arranca olores fuertes a mar y a hombre. Si pudiera asomarse vería la costa, pero los hombres no la dejan. Zumba el motor de una lancha. ¿Qué pasaría si la pillaran, qué, si la encontraran escondida entre albaneses? Mirvei la toma de la mano, la lleva hasta su corazón, vuelve a ponerse un dedo sobre los labios, que ahora se mueven como si estuviera rezando.

Llegan sin más sobresaltos que la lancha que custodia la frontera, estiran brazos y piernas, se acicalan para lograr un aspecto menos sospechoso, dice Mirvei, menos sospechoso. Dentro del coche le ajusta el pañuelo, la toma del brazo. En tierra, piensa Kristina, el peligro es mayor. Si las pillan en el mar solo las devolverán a casa, pero ¿qué pasa si las encuentran en Italia? Los olivos se superponen con los primeros vestigios de la ciudad, flotan bolsas de plástico, emergen naves industriales.

Es más de mediodía cuando llegan a la estación y Mirvei le ofrece un trozo de queso, vuelve a acomodarle el pañuelo. Le gustaría agradecerle todo lo que está haciendo, pero Mirvei parece demasiado nerviosa para escuchar, la sienta donde nadie pueda verla, falta todavía un rato para la partida del tren. Parece estar muy preocupada cuidando el bolso con sus manteles, repasa el equipaje, busca algo en el bolso. Tomarán un regional, pronto estarán en Ancona.

–En Ancona –repite Mirvei–, y ahí libre como el viento, Pobrecita. Tú libre, yo a lo mío.

Kristina se concentra en la imagen de su bolso naranja, el dinero y los documentos, la ropa que guarda en el armario. Volver a calzarse un vaquero, qué lujo. Sí, pronto terminará esta pesadilla, este tormento, intenta no pensar, percibe el tacto del brazo de Mirvei, es tan cálida que siente una andanada de ternura. Solo queda un rato, solo una hora para volver a ser Kristina, no más Escotazo, ni Pobrecita. El cielo, cristalino, anuncia el final del verano. Se

adormece y, cuando despierta, Mirvei está tirando de ella, le susurra que el tren está por entrar. Sube empujando los bultos, no puede sentarse de tan nerviosa que está, se asoma por la ventanilla, y el aire le golpea la cara, escapan del pañuelo dos mechones rojos. Mirvei la mira con severidad, vuelve a cubrirla, la esconde, la toma del brazo como si temiese que alguien pudiera arrancarla de su lado, pese a su edad despliega movimientos enérgicos, su sola presencia calma a Kristina, pero regresa la angustia, por un instante se disuelve en esa vida deformada y torcida que no le pertenece, se pierde en un espejo cóncavo donde ella no es ella sino alguien que ha nacido en otro país, en otro mundo, donde no es Kristina, ni siquiera Escotazo, sino una emigrante, una albanesa sin nombre, mucho más Pobrecita que otra cosa.

Un pitido anuncia la partida, está por sentarse cuando ve que un vagón de plata se detiene justo ante su ventana. Los pasajeros, sentados en cómodos asientos, leen periódicos, dormitan. Con nostalgia se dice que mañana, sin duda, viajará en algo así de caro, volverá a convertirse en uno de esos seres indiferentes al lujo, ajenos a la penosa humillación de las comparaciones. Qué dulce es la vida de los otros, qué fácil, y de pronto percibe, entre la confusión de los rostros, uno que le parece familiar. Es como un sueño, pero poco a poco va rectificando el contorno impreciso y reconoce, sí, reconoce a ese muchacho moreno que ha visto hace siglos, en otro tren, en otra vida, en otro mundo, entre los pasajeros distraídos asoma el perfil del muchacho de Angoulême. Kristina lo observa atónita, lleva el pelo más largo, entre las manos sostiene una guía de viajes. Al principio no reacciona, luego lo saluda tímidamente, por fin con énfasis, quiere hablarle, golpea la ventana con los puños, sacude los brazos. Cuando el tren comienza a moverse está a punto de ponerse a gritar pero percibe el peligro, se contiene, se calma, cierra los ojos y se deja abrazar por Mirvei.

Súbitamente, el chico sale de su lectura, mira por la ventanilla. En paralelo hay un tren antiguo y, tras las ventanillas sucias, distingue a dos mujeres que llevan ropas de otro tiempo. Deben de ser madre e hija, la mayor abraza y regaña a la más joven, que lleva los ojos cerrados. A su lado un estudiante, posiblemente americano, las señala con un dedo:

—Albanesas —dice—, cuidado. Suben a los trenes y roban.

Luego:

—¿Cómo te llamas?

El muchacho se alegra de tener un nuevo compañero de viaje, es un rubio

pecoso, un estudiante de empresariales o de algo así, parece simpático, está bien charlar con gente diferente, conocer otros puntos de vista. Por cierto, ¿dónde quedará Albania? Echa una mirada a su guía y la cierra, están a punto de arrancar, es la tensión del viaje, el deseo de aventuras, la promesa de la pelirroja que lo encadenó en Angoulême.

Los trenes ya están en movimiento, se cruzan y se separan, se mantienen un segundo a la par. Enmarcadas por las sombras del vagón, divisa a las dos albanesas que, en el crepúsculo algodonoso, parecen pintadas. Luego la escena se rompe, toma velocidad mientras el tren entra en su traqueteo del pasado. En un impulso, el chico se pega contra el cristal, mira hacia atrás, hacia el azul pálido que borrona las imágenes. Y entonces descubre, agitándose en el viento, la mano ligera de una mujer que se va.

LA ESPIRAL ADMIRABLE

*Eadem mutata resurgo*¹.

Jakob BERNOULLI

Napoleón: Me cuentan que ha escrito usted este gran libro sobre el sistema del universo sin haber mencionado ni una sola vez a su Creador.

Laplace: Sire, nunca he necesitado esa hipótesis.

Diálogo sobre el libro *Exposition du système du monde*, de Pierre Simon Laplace

Mientras caen las cabezas, la mujer se pierde en los libros de matemáticas que acumula la biblioteca de su esposo. Le está prohibido pero, a causa de los disturbios, han cerrado el monasterio en el que estudiaba, así que lo hace a escondidas, y usa como ábaco los garbanzos de la cocina. Si no la hubieran obligado a casarse con un viejo, solo se ocuparía en descifrar operaciones matemáticas. Ahora se narcotiza con el infinito placer de los cálculos. Todo es muerte a su alrededor, incluso en la pacífica Normandía, así que ha decidido no prestar atención a lo que la rodea.

Cuando escapa de la vigilancia de su esposo pasea por la playa. En uno de esos paseos encontró una caracola con la concha rosácea y agujereada; desde entonces las recoge, las esconde en su recámara, con una piedra afilada gasta una, dos, tres, cien, descubre que todas se retuercen en idéntica escala. Hace cálculos y la dibuja. No es una espiral constante, como la que postula Arquímedes, aburrida y previsible, sino que encierra un diminuto cosmos que se abre como un torbellino, en progresión geométrica, girando en una curva cada vez más abierta. El giro le es familiar, lo ha visto en el ombligo de su hijo, en la tela paciente de las arañas, en la sopa que comienza a girar en los pucheros, en la cabeza de los girasoles, preñada de semillas. También ella está preñada y en el último mes. Camina torpemente hacia la playa, entre el ganado que ramonea y los huertos de manzanos. Si su marido se entera de que se ha vuelto a escapar la va a encerrar en su alcoba. Lo odia, y odia también su destino. No quiere la carga de este hijo, como tampoco deseó al primero, que todavía ni sabe andar, ni querrá a los que lleguen en años venideros. La aterrera ese bregar con la muerte que es el parto, su sangre roja manchándolo todo. Todavía no ha cumplido dieciséis años y solo desea encerrarse en la biblioteca para calcular el giro de esa espiral constante en su radio, o tal vez

quitarse la cofia que le aprisiona la cabeza, o lanzar su chal al viento, y que galope como un caballo. Pero se cubre los hombros: si enferma, entonces sí que estará perdida. Al menos ahora, mientras la nodriza se ocupa del pequeño, es libre para pensar en lo que quiera. Sujetándose el vientre, comienza a bajar hacia la playa. El vestido de muselina se le pega, se humedece y ondea con la brisa del mar. Cansada, se sienta sobre unas piedras, ve brillar algo entre el verde apretado del campo: es una moneda acuñada quién sabe dónde, tiene grabada una mujer vestida casi como ella y una frase: *In God we trust*. Algo borrosa, aparece una fecha imposible: 1944. Debe de ser una de esas raras piezas con datos erróneos. O tal vez es falsa, tiene un agujero curioso, como si la hubiera horadado un perdigón. El encuentro la hace feliz, se trata sin duda de un talismán, así que la cuelga en la cadenita que lleva al cuello y, más tranquila, continúa el descenso. Poliedros, cilindros, conos, esferas. La esfera y la espiral que asoma dentro de la caracola, su misteriosa órbita creciente. ¿Se repetirá en el universo? En cuanto llega a la orilla moja un zapato en el agua, le gusta ver cómo se humedece el ribete y el pompón de seda se desprende del empuje para hundirse en el mar. ¿Cuánto tardará en convertirse en arena? Nadie sabe dónde terminan las cosas. Y ella, ¿cuál será su final? ¿Le toca morir ahora, o acabará reventada en su décimo parto? ¿Cuánto tarda la conciencia en abandonarnos? ¿Cuánto en perderse los recuerdos de una cabeza cortada? Imagina que la llevan al patíbulo: como a Carlota, esa chica rubia con la que estudió en el monasterio de Caen. En Caen quedó su infancia, y la casa de sus padres, porque tuvo que seguir a un marido hasta estos agrestes parajes de Pointe du Hoc. «Un marido rico, con tierras». Y luego su madre, bajando la voz, con un énfasis goloso: «Una familia de las *antiguas*». Carlota era algo mayor y la llevaba de la mano hasta la sala de estudios, la defendía de las burlas de las más grandes, del aburrimiento de las pequeñas. La ayudaba con los números y las tareas. Le contaba cuentos si no podía dormir. Su larga trenza rubia y el aroma de su pelo, que sin duda podó el verdugo, las mejillas tan próximas, tan próximas. Imagina ahora la cabeza cortada, imagina que la cabeza la mira con los ojos desorbitados y musita «huye, huye», imagina la sangre que cae encharcándolo todo, anegando el patíbulo, la calle, la sala de estudios y el refectorio, la capilla y su cáliz, las blancas tazas del desayuno. Oleadas de sangre que es también la suya, se dice la muchacha, ambos finales serán sangrientos, solo que el de ella llegará sin dramatismo, desprovisto de toda parafernalia, anónimo: nadie recuerda a una mujer que

muere de parto.

Es una mañana de nubes violentas, las olas se han retirado crujiendo sobre las piedras y dejan a la vista la desnudez de la arena. El mar, rosáceo en la amanecida, tiene ahora un color de vino turbio. Como si se tratase de un enorme pergamino, la chica empieza a dibujar con un palo sobre la arena, un giro, y otro, y otro, cada vez más abiertos, círculos que devienen infinitos, una y otra vez hasta que queda agotada, casi no puede respirar, toda la playa es el mapa de ese eterno girar que refleja el cielo. Con dificultad trepa por el acantilado y contempla su obra. Ahí está la solución de su problema. Si recorriera la espiral en sentido inverso, piensa, si buscara su origen caminando desde fuera hacia su centro, tendría que dar infinitas vueltas. Pero si solo toma en cuenta el camino que ha hecho esa cuerda de arena, sería tan mensurable como la más tosca de las sogas que vende un buhonero. Pero ¿algo puede ser mensurable e infinito a la vez? La maravilla solo se puede definir en una lengua de piedra. «*¡Spira mirabilis!* –grita la chica, en latín–. *¡Spira mirabilis!*». La voz va y vuelve, golpea contra las rocas. Es tan hermoso que se siente mareada.

En la arena se clava la pared de los acantilados y refleja un sol moribundo, un halcón gira avistando la presa. Dentro de un rato, cuando lleguen las sombras, en el espacio sin fin, las misteriosas galaxias extenderán la espiral de sus brazos.

La chica siente un dolor en el vientre, algo se contrae para volverse a aflojar. Angustiada sigue trepando, pero el dolor es agudo, los retortijones se suceden cada vez más de prisa, más de prisa, más. Al borde del desmayo, reconoce que lo más prudente sería regresar a casa, pero la idea la horroriza. ¿Y si huyera? No, no tiene escapatoria, tal vez ella y su hijo deberían caminar hacia el plato violeta y ahogarse. Cae de bruces sobre la tierra desnuda. Como si comprendiera, desde algún lugar de la especie, lo que está por suceder, una vaca trota y se acerca. Baja la testuz, resopla, lame su brazo tal vez atraída por el regusto de la sal. La chica grita, se retuerce, empuja su vientre hacia abajo, quisiera vaciarlo como a un odre pero le falta el aire, siente que va a morir, en cuclillas derrama un líquido viscoso, por fin un estupor de sangre brusca le brota entre las piernas, cierra los ojos porque un mar negro le succiona la vida, el niño no sale, brama partida de dolor, maldice, con un impulso último y bestial escupe ese hijo que le pateaba las entrañas. Agotada, lo coloca sobre su pecho: luego no piensa nada, no siente nada. Oscurece.

La luna, inmensa, sale tras el monte, ilumina los dos cuerpos en un reverberar de carne quieta. Todavía no han empezado los ruidos de la noche y nada se mueve en el silencio lechoso. La mancha de sangre aureola el vestido de muselina, se ha caído la cofia y el lazo de seda está anudado a la garganta. De pronto se oye un gemido y un cuerpecillo tembloroso reptando sobre el cuerpo de la madre, hoza el aire, se agita, mueve los brazos, llena los pulmones, pletórico de vida comienza a berrear.

Las antorchas de la búsqueda han atravesado su refugio de parterres y templete, el laberinto de boj, el ventalle de cipreses, crujen los caminos de grava y van preñándose de gritos que se adentran en el campo repitiendo el nombre de la mujer. Los descubre la nodriza. Acerca la llama al rostro de la desdichada, le cierra los ojos y, previendo las miradas de los hombres, le baja las faldas. Luego coge el amasijo tembloroso, lo envuelve en el chal. Y antes de que consigan una camilla para trasladar a la difunta, ya está arrullando a la criatura junto al hogar.

Abajo, en la playa, perfilada en la arena, la espiral da una vuelta y otra más, se expande en curvas crecientes, se replica en remolinos, en infinitos anillos de inexplicable belleza. Poco más tarde, con la pleamar, el dibujo y su misterio se habrán borrado.

Agradezco a Pedro Alejandre, Armando Minguzzi, Bárbara Pierpaoli y María Rocés sus historias de viajes. A José Carrasco, el regalo de alguna imagen. A Corina Gorbato, ciertos recuerdos de familia. A Marta Espinós, su pasión contagiosa por las caracolas. A Martín Obligado y Natalia Ares, la explicación de algunos principios de la física. A Montse Armengou y Ricard Belis, su libro *El convoy de los 927*, en el que se basa parte de «El silencio». A María Luisa Ramos, la dolorosa narración de su viaje hacia Mauthausen y la hospitalidad en su casa de Asturias. A Raquel Gisbert, Carola Aikin y Nuria Sierra, a mi hermana María y a mi hija Camila, su lectura crítica y acertada. A los que me rodean, como siempre, su tolerancia infinita.

1. Idéntica y cambiada resurjo.